

Yawar, hijo del Sol

1. La última noche de un niño

Un murmullo se siente todavía en las calles, aunque ya no haya luz solar. Por las noches, encienden unas hogueras grandes y se congregan alrededor del calor aquellos que no duermen de día. Desde antes de los tiempos del imperio, fueron considerados contempladores de la Luna y las estrellas, o bien, criaturas de la oscuridad silenciosa. Algunos preparan en silencio la labor de mañana, otros aprovechan la calma del ambiente para contactar a dioses protectores.

Algunos otros se aprovechan de lo oscuro, y desde puntos estratégicos, vigilan el poblado desde las sombras en torreones elevados. No faltan los que recorren incansablemente el gran camino con antorchas en las manos, donde haga falta, para llevar bienes o mensajes de un lado a otro. La Luna es testigo de diversos sucesos, pero, para la gran mayoría, sin embargo, es el final de una jornada regular en el valle de Caral.

Los que no duermen, no por eso dejan de trabajar, sino que ocupan sus noches para hacer algo productivo, y así, de esta forma, terminan no durmiendo con una finalidad específica, pero no es así para Yawar, quien no puede dormir porque sabe quién viene mañana. Su caso es distinto y desde la fría noche, un viento costero empieza a arreciar.

Se abriga, ajustándose el poncho más de lo normal y espera sólo, más solitario que nunca, en su chocita, la hora de la luz. Lo suyo es la angustia, mientras se tambalea sentado de adelante para atrás, como queriendo darse calor. Tiene la inquietud de saber si esto es real; Si es verdad que su nombre es Yawar, y si es realmente distinto de otros, o si acaso, las diferencias personales son algo completamente ilusorio.

Considera en sus pensamientos que en el pueblo se dice que tiene ya trece lunas puras. Se pregunta por qué vive sin compañía, a diferencia de otras familias, que viven con varios integrantes en el mismo ayllu (o núcleo familiar/grupo de familias). Yawar no tiene a nadie y se suele sentir perdido o confundido, ya que carece de alguien que pueda explicarle las cosas. La mayoría de niños le toman por tonto, o que anda con el entendimiento con retraso, como si creciera su cuerpo, pero no su inteligencia.

Cada ayllu (o gran familia) tiene un guía, llamado el cóndor, o mallqui, quien lidera al núcleo, pero Yawar no tiene ni cóndor, ni hermanos, ni ayllu, de forma que sus horas pasan de modo lento, bien sea en la terraza de cultivo, o bien, en ese jardín donde escarba

la tierra y luego la regresa. Luego por las tardes, ya cuando empieza a oscurecer, escucha atentamente a los curacas (o sacerdotes descendientes del cóndor de cada ayllu) decir algunas palabras sobre muchos dioses, de los cuales se dicen cosas maravillosas y con estos pensamientos va a dormir, aunque no entienda ni la mitad de las palabras que se utilizan. Eso es lo que pasa normalmente; Pero no esta noche. No hay nada de reposo para el corazón del perturbado Yawar.

Por las mañanas come lo que le han dejado en frente de su choza, como caridad, e inmediatamente después, va a ayudar y aprender con el hombre que siembra campos. Cuando ha terminado con la pequeña terraza, se sienta a descansar y beber un jugo delicioso y nutritivo, que desconoce cómo se prepara, ni de dónde proviene. No sabe, el perdido Yawar, que él mismo ha sembrado el cultivo que ha fermentado hasta llegar al resultado de esa bebida, y que disfruta cada tarde, mientras escucha al curaca (o sacerdote) referir bastantes cosas que no entiende desde lo alto de una pirámide escalonada.

Luego todos hacen cosas distintas, pero Yawar, como no tiene a nadie con quien compartir el tiempo, y no conoce de otro asunto, se la pasa el resto del día jugando con la tierra en una zona fuera de su chocita. Hace huecos pequeños, descubre cosas que a veces sorprenden a los más grandes y luego regresa todo a su sitio para ir a dormir. Una vez desenterró un hueso enorme, y en otra ocasión halló un arma antigua de un pueblo más viejo, pero algunos dijeron que se trataba de una simple piedra puntiaguda común.

La mayoría de personas tiene una vida bastante parecida, en términos generales: trabajar para el imperio, descansar, vivir en paz, excepto que sus labores se enfocan en prácticas bastante diversas y todas se dirigen al bien conjunto. Trabajas para el Tawa Inti Suyu, (es decir, para el imperio del Sol con cuatro regiones), luego el imperio congrega todo en gobiernos descentralizados, regidos por un cacique, y finalmente lo reparte mediante su sagaz red de caminos. Debe haber métodos más eficientes, pero es cómo funcionan las cosas en el antiguo valle de Caral, bajo el imperio del Sol del Cuzco. Dicen los viejos que antes era peor, y que la vida ha sido más fácil desde que los jefes locales se han unido a ese gran emperador al que llaman Sapa Inca, quien es un Dios por sí mismo, al ser hijo directo del Dios Sol. Estas cosas las escucha Yawar, pero no entiende mucho. No reconoce ciertas ideas que con el tiempo habrá de descubrir.

Un día, (se contaba entre las voces de la hoguera cercana), llegaron al valle un grupo de guerreros con túnicas doradas. Todo esto sucedió antes de que los jefes locales cedan el

poder al Sapa Inca, hace ya mucho tiempo. Ellos pidieron audiencia con el rey de la zona, pero nadie entendió a qué se referían. Cuando los líderes de los clanes más importantes que conformaban las familias antiguas del valle de Caral aparecieron ante ellos, fueron analizados por los viajeros. Reconocieron, entonces, que tenían una cultura propia y antigua por sí misma y les declararon que venían en paz.

Sin negociaciones, los Incas del Cuzco les ofrecieron como un regalo a los viejos habitantes de Caral, los secretos de cultivo de su gente, de su orden social, de los valores morales que sostenían y la existencia de dioses ocultos de gran poder. Cuando los jefes antiguos de Caral empezaron a comprender las maravillas de la cultura del imperio, decidieron someterse de modo voluntario, a cambio de ceder a los jóvenes de sus hogares para ser entrenados y luego repartidos por el mundo, cuyo centro, se explicó, era la capital no sólo de su imperio, sino además del mundo natural. Esto cuentan las historias más optimistas, pero lo cierto es que hubo familias de Caral que se negaron a someterse por la paz y fueron duramente reprimidas, por defender a dioses distintos.

Hace frío esta noche y las pocas voces de las calles deshabitadas se van silenciando, hasta quedar ciertos susurros indistinguibles y el cantar dulce de pájaros circundantes, que anidan en los diversos árboles que se esparcen por el valle. El templo de Caral es un lugar maravilloso y Yawar sólo ha conocido algunas partes, pero nunca ha dejado de fascinarle cuando los brujos invocan esas luces y comparten cierto alimento que él nunca ha probado. Dicen que es un niño todavía, y razón no les falta.

Pero ahora, alejado de esos ritos mágicos, inquieto, lleno de angustia y con mucho miedo, se abraza a sí mismo envuelto en una manta, sentado sobre el piso, que le enfría sin que pueda protegerse. ¿Siempre hace tanto frío, o es la falta de sueño? El frío que siente Yawar es distinto: es más parecido a estar cerca de la frialdad del ser y no hay manta o abrigo que pueda calentar ese sentimiento.

Yawar no tiene fuego propio en su choza: no ha aprendido a hacerlo. Para él es como un milagro, ver que unas ciertas personas de abrigos que son de animales enteros y no son tejidos, utilizan diversos métodos para invocar a ese gran Dios, al que llaman de muchas maneras y cuentan que Manco Cápac forjó una alianza con ese espíritu divino. El Dios del fuego puede ser muy vengativo si no se le cuida el sacrificio, dicen los ciudadanos de la noche.

Pero el pequeño y huérfano Yawar no sabe de esto, ni entiende la mayoría de palabras que orbitan por la oscuridad en esa noche; él solo espera ansioso, sin poder dormir, envuelto en una manta gruesa, que es casi todo lo que tiene, mientras mira absorto el resplandor que viene por debajo de esa madera que bloquea la entrada a su choza y le ofrece privacidad. La hoguera de afuera sigue prendida, pero ya no hay nadie que la alimente. Cada vez se percibe menos ruido y Yawar empieza a escuchar mejor sus pensamientos.

¿Qué sería de Yawar, sin aquellos que se preocupan en dejarle algo de comida, desde que habita solo en la choza sin fuego? Seguramente habría muerto, pero está protegido. ¿Quién lo trajo a esta chocita?, y aún más; ¿quiénes lo trajeron a este mundo? El campesino de la terraza de cultivo no puede ser de su familia, de otro modo, viviría Yawar con su ayllu, que es numeroso, y no desamparado en una choza sin fuego. ¿Acaso no haya espacio para Yawar? Pero su casa es grande y Yawar es muy pequeño, de modo que no ocupa tanto espacio: prueba de ello es que su diminuta choza la ha terminado por encontrar cómoda. ¿Es que no lo quieren? Pero la gente es amable con él, aun cuando Yawar no le hable a nadie. ¿Quizás Yawar es un monstruo? O quizás el ¿hijo de uno? Debe ser eso. Qué frío siente el solitario Yawar.

La vida en el valle de Caral es relativamente buena, hay lugares peores. Se siembran extensos campos, se pesca en lanchas diversas y se ofrendan sacrificios a la gran Diosa Mamacocha, protectora de los navegantes y pareja del gran Wiracocha, ambos padres del Sol Inti y la Luna Quilla. A ellos se les ofrendan en templos piramidales y se les sacrifican devotamente en altares al centro de plazas circulares, en donde cada luna llena se realizan danzas y la música de tambores y flautas dura por días enteros. En las huacas o lugares sagrados, nunca falta el rito solemne que mantiene viva la comunicación entre los hijos del Sol y sus adorados dioses.

Hay muchas divinidades que Yawar no ha conocido todavía, y esto no es extraño, ya que él es muy joven y los dioses muchos. Los amautas (o maestros educadores) del pueblo le han instruido en cosas muy básicas, pero siempre se ha mostrado hosco a tener contacto con otros. Yawar no habla, o al menos, eso se cree, ya que muy pocas veces ha pronunciado palabra alguna, pero se sabe que entiende, porque es noble, obediente y agradecido. Cuando menos, parecer ser que posee la semilla del pensamiento. Yawar puede hablar, pero no tiene con quién, y como desconoce la naturaleza de la conversación, no suele saber qué responder cuando le hablan, de modo que se limita a guardar silencio.

A mitad de la noche, el hambre sofoca los nervios del huérfano, y la temperatura empieza a mostrar matices de crueldad natural. Pero aquella incomodidad que siente Yawar es otra, es una soledad seca que le advierte que mañana, probablemente su vida puede cambiar radicalmente. Tiene miedo, y en su desolación, está confundido, ¿por qué tuvo que suceder? ¿Le van a quitar su chocita y su manta? Cerrando los ojos, revive el terrible episodio en su mente. Se le derrama el recuerdo sin que lo quiera.

Era de día, con mucho Sol, y un hombre le enseñaba a arar la tierra. Yawar le seguía, pero estaba concentrado en una niña de piel canela que estaba alimentando a los animales. El agricultor le preguntó al niño si ya había escuchado sobre los mundos que Wiracocha creó, pero recordó en ese momento que él no hablaba, así que se interpuso en frente suyo, (interrumpiendo su contemplación), para mirarle a los ojos y explicarle lentamente.

Con una paciente y calmada voz le dijo el agricultor: - “Wiracocha y otros dioses viven en el Hanan Pacha, junto con Inti y Quilla, además de otros muchos dioses. Nosotros, los que venimos a la vida para morir, vivimos en el Kay Pacha, mundo de los mortales. Debajo, está el Uku Pacha, el mundo del subsuelo, el inframundo, donde gobierna el Dios de la muerte y una infinita horda de demonios, llamados Supay.”

Yawar miraba con los ojos abiertos y asentía. Ya había escuchado esto, junto a otras cosas, y no lo entendía. ¿Tres mundos? Él conocía su choza, la terraza de cultivo y el resto era como una masa anómala que no había explorado todavía. El agricultor continuaba: - “Hay otras cosas que luego entenderás, pero hay algo más importante que eso: ¿conoces ya nuestras leyes?, ¿cierto? Como no hablas, te las digo: No debes mentir, no debes robar y no debes ser un haragán. Debes comprender esto, Yawar, es muy importante, por eso te lo repito cada día.”

Entonces fue que sucedió lo inevitable, en este contexto rutinario. El agricultor le dijo a Yawar lo que él mismo había empezado a unir y relacionar en sus pensamientos. - “Pronto serás un hombre y ya no un niño, si comprendes lo que te digo, pequeño Yawar”. Esas palabras perturbaron mucho al huérfano y ahora se veía agazapado entre su manta, con la cabeza baja, pensando en estas cosas y otras que ha escuchado sobre el imperio. Una nueva sensación se apodera del solitario abandonado, el frío ha cesado. Se siente un poco más caliente el piso de tierra. Sus piernas ya no se entumecen en un esfuerzo por contraerse para defenderse de la baja temperatura.

Empieza a sudar frío, al sentir la calidez del ambiente. Levanta la vista lentamente y observa horrorizado que ya es de día. En un estupor de aletargadas ensoñaciones, el fatigado niño se queda estático, vacío de pensamientos, pero en una marea caótica de emociones, dispuesto a todo y nada. No tardan unas pesadas botas en plantarse ante su puerta para abrirla con cortesía. Es un soldado del imperio que le saluda. El censo ha llegado al valle para llevarse a futuros ciudadanos del Tawa Inti Suyu, que ya están en capacidad de servir.

2. Una guerra que detuvo otra guerra.

En general, bajo el imperio, el pueblo vive bien. A nadie le faltan las cosas fundamentales y el abuso de cualquier tipo no se tolera. Hay unos que viven mejor. Son los nobles, descendientes directos o indirectos del sagrado Sapa Inca. En sus palacios cercanos a los templos, disfrutaban de lo mejor de la época. Fuego, pieles, guardias disciplinados, comida variada de regiones lejanas y no es inusual que algunos puedan adornarse con collares o tocados, para distinguirse de los otros.

En las calles se les reconoce e identifica; se les trata con hospitalidad, como a cualquier otro, pero cuando uno no es bienvenido, como resultado de sus actos reprochables, luego, hasta el más humilde de los súbditos del imperio tiene derecho a rechazar a uno que haya perdido la honra, aunque (incluso, sobre todo, si) este fuera miembro de la nobleza. Esta es la orden del antiguo Sapa Inca, que hoy vive en Cuzco, y cuyos hijos gobiernan los cuatro Suyos, o regiones.

En un palacio del Suyo del norte, se han reunido dos generales del ejército imperial para discutir asuntos importantes de campaña. Para ellos, la conferencia es secreta, pero desconocen que una mujer les escucha. Ella es Urpi, la hija del responsable del tambo más cercano del camino imperial. En los tambos los mensajeros, guerreros o transeúntes se pueden dar un descanso, reponiendo energías y albergándose de las inclemencias de la madre naturaleza.

A Urpi le dijeron que coloque un techo de madera sobre ciertas estructuras de piedra que acababan de construir, y mientras ella planeaba sus diseños, le interrumpieron dos figuras que se escabulleron a la estructura, sin percatarse que la mujer se encontraba entre las sombras, pensativa y calculadora.

El más joven de los militares le replicaba al otro: - “Tienes que verlo, hermano, te digo que es la acumulación más grande de pepitas de oro que jamás nadie haya visto. Es un monumento al Dios Sol. Es tan grande, que, a mediodía, es imposible estar cerca, ya que todo aquel que se asome, queda cegado por el resplandor del Dios Inti.”

Mientras no logra contener la emoción, el otro le interrumpe, y le cambia bruscamente de tema, como si hubiera asuntos más importantes que los secretos de la ciudad oculta más allá del templo de Macchu Picchu. Le responde seriamente: - “Hermano, no hay tiempo

para esas cosas, debes saberlo. Mañana te mandarán a negociar con esos Mochica. Son salvajes, son fieros guerreros, creen que pueden combatirnos y no van a aceptar paz. Sé que tienen planeado matarte.”

Sin estremecerse, el joven de modo despreocupado replica: - “No les temo, ni a ellos, ni a su Dios Decapitador. Si me quieren matar, lucharé y si tengo que morir, lo haré cumpliendo mi labor. No puedo decirle al gran Cacique que voy a desobedecer las órdenes del divino hijo del Inca.” Luego de decir esto, el joven voltea el cuerpo a su hermano mayor y le dice algo que tiene reservado, pero que, ahora comprende, no podrá expresar más adelante. - “Hermano, te voy a decir lo que he visto, y debes usar esto en favor del imperio. De algún modo debes darle uso. Tú sabes que hay tres oráculos del mundo conocido, y que siempre he querido visitar uno. Ayer pasamos marchando por el templo del Dios Catequil, que dicen, por acá, es hermano del Dios Illapa, ambos, divinidades del Trueno, y nos detuvimos a escuchar augurios. Un brujo me ha dicho cosas que no me dejan dormir.”

Sin comprender la gravedad del asunto, el militar de mayor edad le sacude los brazos y le toma de las manos. - “Hermano, no pienses en tonterías, te están mandando a tu muerte, y no voy a permitir eso. Si tengo que encontrar una excusa para estar con mis hombres cerca de tu encuentro, lo haré y mi garrote caerá sobre ellos antes que puedan amenazarte.”

Como si no hubiera escuchado lo que le dicen, el otro prosigue neciamente: - “El oráculo dijo: <<Cuando hermano pelee con hermano, el imperio derrumbará su gloria, y largo tiempo pasará oprimido, con una ominosa esclavitud. >> Eso dijo, hermano, y no se detuvo ahí; Luego de eso, me dijo que habría una guerra con los Mochica, que la ganaríamos, pero que nos costaría gran sacrificio, y así obtendríamos un secreto muy poderoso, de esto tengo que hablarte: no debes matar a todos, recuerda ser compasivo con los que no se levantan en armas: hay artesanos que preservan conocimientos muy valiosos, los Mochica son un pueblo muy avanzado y antiguo, hermano.”

Fastidiado con la testarudez del joven, el militar de mayores lunas puras levanta la voz y vocifera sin importarle atraer a otros: - “Son unos salvajes y te van a aniquilar, maldita sea. Basta de oráculos, basta de profecías, si va a haber guerra, me voy a poner mis cueros protectores, y será mi garrote el que destruya sus largas lanzas. No me importa si de su

lado tienen brujas y un Dios Decapitador. De mi lado están Wiracocha y su hijo Inti. Si te hacen algo mañana, juro que exterminaré uno a uno a todos esos condenados.”

Cuando ya es demasiado tarde y la elevada voz ha atraído a otros soldados y generales, los hermanos son invitados a unirse al festín y se fusionan con la tropa. Urpi jamás ha visto tanta gente, pero deduce que una guerra se avecina, de uno, u otro modo. Ella ha oído cuentos de los Mochica, sobre sus ciudadelas amuralladas y, además, sobre un terrible secreto que algunos de los del imperio desconocen: El Dios decapitador de los Mochicas también es un Sol.

Por la noche, cuando la Luna brilla y las estrellas iluminan, la pequeña comitiva diplomática imperial parte para negociar con los líderes Mochica. Hay una impaciencia incómoda entre el resto del ejército que se queda esperando, mientras que los locales perciben que una tempestad se avecina. Desde el tambo (o almacén de distribución), que se encuentra en el corazón del asentamiento atravesado por un lago camino, se demora en llegar la revuelta.

Una crecida de murmullos primero, gritos después, se arremolina desde las periferias del valle de Catequil. Parece el trémulo ruido que antecede a los terremotos, pero sin que el piso se sacudiera. Como si una especie de magia magnética o atmosférica estuviera ocurriendo. La gente corre de un lado a otro y las sombras que no poseen forma definida van arrastrando a unos y otros, hasta que la oscuridad o la tempestad les alcanza y desaparecen para no ser vistos más.

Catequil es el Dios del Rayo, pero se dice que se empodera cuando le acompaña su hermano, un reptil volador que proviene del sur. Los Paracas le llamaron Kon, y se representa como un dragón ictiomorfo con dentadura especializada en la trituración inmediata de sólidos. Cuando el dragón Kon, Dios de la lluvia, vuela por un sitio, el agua cae, y esto puede ser algo bueno normalmente, pero al estar acompañado de su hermano, que los del imperio conocen como Illapa, y los locales como Catequil, luego, se anticipan caóticos designios y maléficas ocurrencias.

Urpi se esconde con su familia, es decir, con su padre, encargado del tambo, pero los soldados presentes no dudan en tomar armas y formarse para defender la ciudadela de ventanas que lloran. Los destellos del cielo empiezan a dispararse, y esto permite que pueda verse mejor lo que sucede.

Es un ataque de salvajes. Se trata de bestias oscuras, pero poseen forma parecida a la humana. Parecen ser demonios hechos de sombra. No podrían provenir de otro lado que del Uku Pacha, o el lugar de la muerte, es decir, el inframundo o el ámbito abyecto del subsuelo. Sus ojos rojos envueltos en una luz brillante les delatan: no pertenecen a este mundo.

De algún modo, han invadido no sólo el plano de los mortales, sino que, además, los Supay, o demonios invasores, han tenido la astucia de emboscar a la avanzada de las fuerzas del hijo del Sol. El Sapa Inca habrá de sentir compasión por las muertes que en este embate ocurrirán.

Los guerreros locales y del imperio luchan con valentía, y esto sólo es posible a que tienen miedo y se lo sacuden. Jamás han visto antes a las manifestaciones del mundo subterráneo. Las diversas formas, colores, características que tiene cada Supay les llaman la atención y no pueden detenerse a contemplarles, antes de ser aplastados y sus carnes laceradas, durante el descuido.

Son pocos los que huyen, que se logran esconder entre lo sagrado de ciertos Apus (o dioses protectores de las montañas). Por el río, entre los árboles o incluso gracias a alguna cueva, se ponen a buen resguardo un puñado de sobrevivientes del ataque, pero la gran mayoría, especialmente la de las fuerzas imperiales, han sufrido una irreparable pérdida.

El oráculo de Catequil se encuentra en peligro, de modo que, si no fuera por los rayos defensores de Illapa y sus hermanos, desde el cielo, la ciudadela misma hubiera sido completamente destruida. Al cabo de la masacre de las sombras de los Supay que provienen del subsuelo, el tambo queda hecho ruinas y los caminos habrán de requerir reparo.

3. Caminos, tambos y más caminos.

Yawar tiene una mezcla amarga de sentimientos. Empieza a considerar, respecto de la vida, que a medida que pasa el tiempo, aparecen con mayor frecuencia mejores o peores sentimientos o experiencias que antes, cuando su vida parecía más simple. Por el día, camina, por la tarde camina, y por la noche descansa o hace guardia. A eso se limitan sus semanas. Mientras pone sus cansados pies en marcha, Yawar come un tamal de maíz con láminas de camote seco a medida que avanza con el resto de reclutas, y ahora, gracias a este nuevo ambiente de viaje, ha conocido a algunos soldados jóvenes que se van volviendo algo más que compañeros de viaje.

Ahora ha encontrado un espacio para hablar, que antes no había sentido que tenía, pues sus compañeros de viaje se han vuelto algo como su familia. Le ha costado acostumbrarse al inicio, pero no ha tardado en comprender la naturaleza de un diálogo o intercambio de palabras. De todos, con el que prefiere hablar es con el amauta Vichama. Un amauta es bastantes cosas, y con él ha descubierto los muchos sentidos que tiene la palabra. En principio, se le dice así a los profesores o maestros en educación, pero también a los hombres de ciencia, a los pensadores, matemáticos, observadores de estrellas, planeadores del cultivo, constructores, y así, por el estilo, existen amautas especializados de todos los tipos, o de varios a la vez. Un amauta es como una especie de artesano de la palabra y las ideas.

El amauta Vichama es uno muy extraño, pues parece ser un tipo de individuo al que Yawar no está acostumbrado. Alto, fuerte, avanzado de edad. Parece poseer una mezcla de tranquilidad en hacer las cosas, pero a la vez, su determinación es de mucho poder, por lo que puede causarles bastante miedo a los jóvenes más tímidos. Parece estar de mal humor todo el tiempo y denota cierto fastidio en responder tantas preguntas que le tiene preparadas Yawar. Vichama responde asertivo y de modo parco, sin excederse, pero sabiendo que otros les escuchan mientras caminan, y que no todos tienen el valor de hablar, ni se atreven a preguntarse sobre las cosas.

De todas las historias nocturnas, la más disputada hasta ahora es la de Urcuchillay. Una noche, antes de dormir, (sin querer desatar una tormenta), el amauta Vichama les había contado cierta historia de un guerrero que tiene cuerpo de hombre, pero cabeza larga de llama, y que se alimenta tanto de hojas, frutos y semillas, como de carne, cuando la

encuentra. Tiene una hermana que cayó de las estrellas, pero esa historia no la ha podido terminar aún, ya que, desde que inició el relato de Urcuchillay, no se han detenido los jóvenes, y sobre todo Yawar, de hacerse preguntas de tan maravilloso e increíble guerrero.

Entre otras diversas historias, enseñanzas, datos y planificaciones, Yawar se olvida por un rato de aquellos pensamientos que le visitan cada vez más difusamente de noche y se le quedan pegados hasta en los sueños. Piensa de modo casi impersonal en su recuerdo de aquella chocita, cuando vivía en el valle de Caral. Se pregunta qué será de la vida de ese agricultor, que le enseñó casi todo lo que sabe, cuyo nombre jamás escuchó, y de cómo estará esa niña de piel canela cuya mirada y sonrisa se quedaron impregnadas en sus memorias profundas.

Pero esto, a medida que va conociendo nuevas cosas, va cambiando de protagonismo y nuevos asuntos empiezan a significar una presente importancia que le reclama, y así, bajo su construcción personal del deber, va amoldándose lentamente hacia la consideración de su papel en ese mundo. Con los pies adoloridos y los muslos agarrotados, luego de caminar por horas de horas, sólo habiendo comido unas habas, parece como un paraíso, aquel puesto de descanso cercano, del que tanto hablan, en donde se sabe que se come muy bien y nunca falta la bebida.

El joven Yawar, que ha aprendido más palabras que nunca, se maravilla ante el escenario que se le ofrece a la percepción; valles escalonados, verde pletórico e interrumpido solamente por la piedra o la madera. Los animales recorren libre las afueras del camino, y no es casual que carezcan de temor ante la presencia de lo humano, por cuanto los hijos del Sol son hermanos directos de los animales, y así lo comprenden en sus prácticas.

Muchas cosas confunden al que hasta hace poco era un niño. Esto no es extraño; Yawar ha conocido muy poco del mundo y del imperio. Luego de bordear las montañas que albergan a los Apus, (o esos espíritus que cuidan cada zona), la comitiva ha cruzado de un valle a otro, rodeando curvas que suben, y bajan, siempre asfaltadas con bloques de piedra muy ceñidamente encajados, y alejándose así, del océano que protege Mamacocha. Con los días que pasan, han elevado imperceptiblemente el paso, habiéndose adentrado en apenas el comienzo de la enorme cordillera.

La altura todavía no es un problema, pero caminar por tantos días puede fatigar a cualquiera. A veces, algunas personas cansadas, suelen demostrar su malestar de un humor bastante pesado, y esto no es ajeno o extraño en esta misma situación. Uno de los

jóvenes que han sido reclutados protesta, y el curaca Vichama lo reta a caminar fuera del camino imperial.

Yawar no lo había notado, pero siempre han estado pisando lozas grandes de piedra, pulida y suavizada, quien sabe por qué fuerza misteriosa y acumulada a través de tantos años. Es cómodo poner las sandalias en ese terreno. El recluta rebelde ha sido castigado y su pena consiste en salirse fuera de la calzada del camino, y así, no demora en manifestar muestras de fatiga, lentitud y desbalance.

Ahora para todos es muy claro que mantener el paso sobre un camino bien planeado parece ser más importante en estos lugares extensos y montañosos, en donde cansarse se hace tan sencillo. Saltando entre piedras, esquivando animales y vegetación silvestre, así, como un conejo, va brincando Quispe, el recluta rebelde, agitándose intensamente.

El resto, con Yawar sorprendido, camina a paso ligero, y muy consciente de su privilegio. El amauta Vichama se dirige con solemnidad al cansado recluta rebelde, de modo que todos le escuchan decirle: - “Es bueno, mi estimado Quispe, que seamos agradecidos, aún con las cosas más simples de la vida que damos por sentadas. Tú te has quejado que caminamos mucho. Es cierto, tienes razón; y todos nos fatigamos; pero debes aguantar con paciencia las órdenes que dan los más viejos. Pero a veces, poner en duda las cosas, es algo que te puede ser beneficioso, del mismo modo. ¿Ves aquellos árboles allá arriba? Esos que están marcados por un obelisco de piedra. Te ordeno que trepes allá y nos esperes. No te desabrigues; Si te da frío, camina en círculos.”

Cansado, pero dispuesto a obedecer, Quispe, el rebelde arrepentido, se pierde entre el monte, ensombrecido por la floresta abundante que sólo árboles muy viejos pueden producir. Al cabo de unos minutos se escucha una exclamación de sorpresa a lo lejos y el resto siente curiosidad, mientras marcha a paso lento.

Llega la tarde, y se descansa por un rato. Luego se sigue caminando. Ya que alguien lo ha preguntado, el amauta Vichama explica que la gente vive en lo alto, normalmente, porque es más seguro, más práctico y es lo que su inteligencia les dice. Al mismo tiempo, trabajan la tierra baja del valle, usando la mayor parte plana para el cultivo y una zona distinta reservada para el pueblo, en las alturas protegidas, rodeadas de andenes (o peldaños de cultivo).

Mientras va cayendo la noche, el camino serpentea, subiendo lentamente por el borde de un monte. Ahora que le ha rodeado ascendentemente, el grupo entero ha llegado a lo más alto, en donde Quispe espera sentado, maravillado ante la vista del panorama. Yawar no entiende cómo ha llegado tan rápido al punto de observación, pero cuando se le ordena descansar por última vez ahí, se da un valioso tiempo para percibir aquello que se presenta ante su ávida mirada golpeada por un lento pero fuerte viento.

Sintiendo que ha trepado desde un valle hasta lo alto, viendo todo ahora de bajada, Yawar se percibe omnipotente. Es claro que no lo es, y su cansancio le delata, pero su espíritu ha sido elevado más alto que su cuerpo en este viaje. Ante él se planta un valle amplio nuevo y distinto, cultivado de modo variado y con un orden que demuestra una maravillosa variedad organizada. Nunca había visto nada parecido, no al menos desde esta perspectiva. Las montañas que sostienen al pueblo, en el otro extremo, han sido terraformadas, de modo que diversos escalones enormes si figuran de abajo a arriba, convirtiendo así, una zona distinta a la del valle, en una cultivable.

Yawar reconoce estas figuras; él mismo ha trabajado en un andén muy pequeño. Luego se siente confundido al reconocer un lugar parecido, y tiene la idea de que ya ha estado acá, y un poco ansioso, de un salto, da la vuelta y voltea la mirada a uno y otro lado; Andenes por todos lados, peldaños gigantes con terrazas de cultivo, en todas las direcciones. Los había dado por naturales, y recién desde lo alto, comprende que es la obra del trabajo, y no una forma original del mundo.

Bajando la mirada, se arraiga entre las piedras, pero el soldado que toca los tambores empieza a dar el paso de marcha, y con ritmos muy interesantes que se quedan guardados en la memoria, incluso cuando ya no suenan, todos retoman el recorrido del camino. Repuestos y juntos, emprenden la bajada al valle con el ánimo renovado.

Un recluta muy joven expresa con asombro: - “Que bonitas casas las de arriba, acá debe ser donde vive el Gran Inga”. Pero un soldado le corrige con dulzura: - “Pajarito, este de acá un tambo nada más es. La casa del Sapa Inca no tiene comparación. Más allá, cuando avancemos, vas a ver otras fortalezas, si te ha gustado este tambito, ese castillo que hay más arriba te va a gustar más, Pajarito.”

Luego de un esfuerzo final, alcanzan los andenes y al subir por la escalera que conecta el camino con el tambo habitado, la comitiva imperial se complace en reposar en ese gran

almacén, en donde nada nunca falta. Toman una sopa mágica que repone sus fuerzas y los prepara para el mundo de los sueños.

Yawar está sorprendido con cada detalle que va apareciendo, y así, ha dejado de pensar en el valle de Caral. Que distinto es para él todo. Una sorpresa más le espera esa noche. Un chasqui (o mensajero) ha llegado de noche y tienen que despertar al amauta Vichama, ya que es un asunto importante: Un cacique ha enviado un quipu al encargado del tambo, y el amauta es de los pocos que saben interpretarlo.

De su recámara, sale, ajustándose el poncho y con el collar de spondylus todavía sacudiéndose. Mira severo al chasqui y recibe de sus manos aquel quipu que viene a interpretar. Un quipu es como una especie de cuerda que tiene muchas otras cuerdas atadas, con nudos de distinto tipo, con hilos de diverso color y representa el modo en que los del imperio del Sol administran sus cuentas, relatan sus historias y expresan sus mensajes.

El amauta Vichama parece sorprendido; no son buenas noticias. En voz alta ordena que le traigan nudos, para armar otro quipu y enviarlo a la capital de Cuzco. En voz baja, para no llamar la atención señala lo que ha decodificado, la expansión por el Suyu del norte se ha detenido, debido a un evento muy inusual. Con voz ronca y casi susurrando a modo de lamento, el amauta les dice: - “El Uku Pacha nos ha declarado la guerra. Que los dioses hermanos nos protejan”.

4. Los escombros arruinados por una tempestad.

La oscuridad desaparece cuando sale el Dios Sol, pero no las sombras. Ya la tormenta ha pasado, y el tambo del valle de Catequil, por el norte, se encuentra más tranquilo, aunque todavía conmocionado por el asalto. Urpi se encuentra muy asustada y por muy poco un Supay casi se lleva a su padre. Los soldados del imperio se han replegado y juntan la fuerza de distintos valles para dar encuentro a las hordas del subsuelo.

No hay mucho tiempo que perder, ya que se sabe que los demonios del inframundo se dirigen al oráculo de Catequil y los soldados les pisan los talones, reagrupándose constantemente y articulando las fuerzas que se les van uniendo. De la noche a la mañana, lo que era un ejército conmocionado de cientos, se ha congregado hasta ser casi un millar de soldados con el deber latiendo en su pecho. Ellos se agrupan desde las cercanías, estando prestos a defender el imperio, y con esa determinación de amor a sus tierras protegidas por el hijo del Sapa Inca, han acudido al llamado del cacique.

Los Mochica, al parecer, son un problema que podrá esperar, pero nada se ha sabido de aquella comitiva que fue a negociar, debido a que jamás regresó. La amenaza de esos espíritus de sombras se ha vuelto un evento importante y desde la capital, los curacas (o descendientes del cóndor) ya están preparando la arremetida para contrarrestar la inusual amenaza.

Sólo con la ayuda del Hanan Pacha, es decir, del mundo de los dioses, es que se podría hacer frente a las mágicas y poderosas huestes del subsuelo. No es fácil invocar a los dioses, pero con el sacrificio adecuado, es posible tenerlos de aliados o protectores. Sabiendo esto, se ha ordenado que cada curaca le ofrezca su mejor tabaco a sus Apus más cercanos, y esta orden se ha repartido a lo largo del imperio con sus cuatro regiones o suyos.

La vida, en el tambo arruinado del valle de Catequil, parece haber vuelto a la normalidad, con la lenta recuperación de los supervivientes. Ahora que los imperiales no congregan a sus soldados en las salas de reposo, la comida sobra y hacen falta esfuerzos para repartir los bienes sobrantes a otras zonas, antes que se echen a perder. Por estas épocas casi nadie viaja. Pero eventualmente, al pasar los días, un visitante muy inesperado alcanza el sitio,

apenas hablando el quechua, de modo muy ineficiente, como si lo hubiera aprendido tarde o mal.

Es extraño, el sujeto, que atiende el padre de Urpi, y ella lo contempla desde una esquina, mientras ayuda a reparar el tambo. El hombre tiene tez de cobre y se ha pintado un diseño con cuadrados blancos y negros en los cachetes. Así cuentan, que usan los más expertos artesanos de los valles del norte.

El hombre pide agua y comida, sin pronunciar bien las palabras. Es atendido y con mucha curiosidad, recibe preguntas por el encargado del tambo. No es característico ver a un guerrero Mochica por estos lados, antes bien, cuando se les ve, se teme mucho, ya que vienen para saquear o conquistar, pero nunca para reponerse del viaje a ningún tambo quebrado.

El hombre inesperado da muestras de inquietud y se muestra pacífico, pero perturbado, como si hubiera visto de cerca a algún demonio. Balbucea palabras que parecen incoherentes. Poco a poco el administrador del tambo empieza a comprenderle, y del mismo modo, su hija, Urpi, se pone al tanto. Ellos también han sido atacados por las sombras del Uku Pacha, pero les llama de modo distinto.

Explica que ha huido luego de matar imperiales y ser emboscado por una tormenta de figuras negras que degollaban todo a su paso. Con voz temblorosa repite mirando al vacío: - “Ai Apaec... tambo-cacique, Ai Apaec”. Luego de eso calla, y descansa en estado atónito, como si durmiera, pero sin cerrar los ojos, lo que nos demuestra que no ha podido descansar en bastante tiempo. El hombre repite el mismo nombre, hasta quedarse realmente dormido.

No pasa mucho hasta que un soldado imperial regresa al tambo y se asusta al ver al enemigo siendo atendido. Toma su cachiporra y la levanta, parándose con los brazos arriba, y muy alterado empieza a gritar. El Mochica se pone de pie y se arrodilla, explicando con su mal quechua, que ellos también han recibido el castigo de los dioses, y que, si perdona su vida, él puede compartir su arte para el beneficio de su pueblo.

El soldado imperial lo mira con compasión; él mismo ha visto demonios tomar la forma de un guerrero de la noche y aplastar a cuanto se le interpusiera en el camino. Acepta su trato y le perdona la vida, pero le ordena que le enseñe al padre de Urpi, todo lo que sabe, y a cambio, exhorta a los del tambo a que le enseñen el modo de vida del imperio. Dicho

esto, el soldado le otorga un cuerno al posadero, indicándole que sólo si se repite el evento debe tocarlo, pero no para otra cosa.

El Mochica llora, viéndose perdonado, pero especialmente, aterrado por todo lo que ha visto, y se sabe que no es una persona frágil o de sentimientos delicados. Los Mochica son fieros y muy brutales. Su violencia para combatir queda manifestada en el campo de batalla, en donde las matanzas adquieren unas características muy violentas. En algunos casos, se cuenta, decapitan a todos los enemigos y sacrifican las cabezas a su Dios Decapitador. En otras circunstancias, si el guerrero ha sido muy noble en batalla, todos comparten un poco de su carne, y le dejan a su líder el corazón, para que absorba sus poderes.

Para los imperiales del Cuzco, esta práctica es abominable, y no tienen mucho interés en respetarla, y mucho menos en sufrir tal distinción. Pero este hombre de cara pintada parece distinto. No parece un salvaje, no parece una bestia de la destrucción, antes bien, parece asustado, y agradecido de que no lo hayan aniquilado. Cuando el soldado deja el tambo en ruinas, empieza el Mochica a dar indicaciones de su arte al posadero.

Le pide un lugar para sembrar el fuego, un tubo largo para soplar y arcilla para moldear un horno cerrado. Luego empieza a acomodar las cosas de acuerdo a la disposición que le es familiar y pide polvo, sea de huesos o lo que fuera, y con todo esto a la mano, pregunta si tienen metal consigo. El metal, de por sí, es algo bastante escaso, pero el Mochica tiene un secreto que va a compartir, y luego su uso habrá crecer de modo imprevisible.

Explica con palabras confusas lo que va a hacer, y luego empieza a realizarlo. El posadero y Urpi, su hija, miran asombrados; ellos jamás han visto de cerca ese oficio, que es el de los orfebres metalúrgicos. En una esquina, prepara un fuego y luego lo cubre con un domo de arcilla que pacientemente va construyendo tirándole polvo a la mezcla de barro fresco.

A medida que se cocinan las paredes que va moldeando, la estructura ofrece mejor resistencia, de modo que le construye una chimenea, y aquello que era una hoguera simple, ahora, gracias al tubo por el que sopla aire a presión con mucha fuerza, se ha convertido en una especie de forja potente, en donde altas temperaturas alterarán la solidez del metal. Soplando por el tubo, aumenta la intensidad del calor. Sus cachetes se hinchan de modo extraordinario, dando forma a una figura distinta a la de los cuadrados.

En una especie de bandeja de piedra delgada que ha acomodado con arcilla húmeda y polvos diversos, coloca un anillo que traía consigo. Con el intenso calor que ha desarrollado, el metal, ante el asombro de los presentes, se derrite y regresa a una forma líquida. Luego, con un molde que ha preparado en la tierra fría, vierte el líquido del metal fundido, con mucho cuidado de no tocarlo. Al cabo de un rato, ya se puede ver la forma de brazalete delgado, que ha podido reformar de un anillo grueso.

Los incas conocen este oficio, pero nunca lo han llevado al extremo que está desarrollando el pueblo Mochica. Sus orfebres son conocidos por esta técnica de alta fundición, así como por sus notables diseños y elaborados modelos. Este conocimiento será uno revolucionario, en manos del imperio, ya que querrán implementar toda su laboriosidad a la técnica, de suerte que produzcan cosas maravillosas a un nivel nunca antes visto.

Para los artesanos del imperio, ser orfebre no es sino una rareza muy atípica. A los jóvenes se les educa para proteger a la familia, producir con ella y servir a la sociedad. Mochicas, Incas y muchos otros pueblos han generado ciudadanos que trabajan la tierra, sea bien, labrando y cultivando, o rescatando de las minas, piedras y a veces minerales extraños que acumulan como tesoros. Otros se ocupan de los animales. Los Mochicas no conocen la mita, pero no han dejado de volverse expertos en otras áreas.

Urpi ha aprendido el oficio sin quererlo. Al cabo de unas semanas, entiende el proceso y sabe lo peligroso que puede ser equivocarse. El Mochica le ha explicado que un taller apropiado es óptimo, pero que la esencia del proceso ha sido demostrada. Ella ignora de dónde salen esas piedras raras, pero adivina que muchas cosas maravillosas pueden ser posibles con esa magia de la orfebrería.

El Mochica no ha dejado de maravillarse, del mismo modo, con lo que ha ido viendo a lo largo de los días en el tambo del Suyu del norte, en el valle de Catequil. Ha visto cosas nuevas para él, y no ha dejado de preguntar sobre ese sistema tan curioso. Hay ciertamente, cosas que comparte de modo casi natural, pero diversos detalles se le escapan, de modo que el posadero y su hija le explican la vida del imperio con paciencia al Mochica herrero que se ha rehusado a deshacerse las pintas en la cara.

5. Vichama apresura la marcha

El quipu era claro: había que tomar decisiones. El sabio amauta congregó a todos los jóvenes y les dijo que les explicaría una serie de cosas, para que ellos puedan decidir mejor. Les hablaría de su responsabilidad en la mita, y si alguno tenía una preferencia, debía ir considerándola en sus pensamientos desde ahora.

Mientras los jóvenes se acumulan en uno de los andenes que no está cultivado, el amauta Vichama termina de anudar cuerdas, para diseñar un quipu que advierta al Sapa Inca y su corte. Tardó bastante en hacerlo, y se podía apreciar que no era una labor fácil. De derecha a izquierda, iba eligiendo cierto hilo y lo anudaba con intervalos secretos y misteriosos.

Luego de unos minutos, despachó a un chasqui para el Cuzco, y jamás, en toda su vida, Yawar había visto alguien recorrer tan velozmente el camino del Inca. En sólo unos minutos, se perdió de vista. Luego, improvisando un discurso final, Vichama, el amauta, empieza a quitarse sus vestidos distintivos. Se deshace del collar de spondylus y de sus múltiples adornos en los brazos, cuello y cabeza.

Mientras explicaba unos últimos conceptos a sus compañeros de viaje, iba ajustándose una ropa de cuero, que sonaba bastante al amoldarse a su cuerpo, mientras se la ceñía con nudos estratégicamente colocados. Al mismo tiempo que se preparaba para la guerra, Vichama ofreció un panorama general del imperio a los jóvenes presentes.

En las usanzas sociales del imperio incaico no existe el comercio en el sentido de intercambiar bienes por dinero. No existe la moneda. Los del imperio practican el intercambio, pero más específicamente, la reciprocidad o el ayni, también llamado mutualismo. Yo te doy. Tú me das. Una interacción simple y justa, que a veces tarda en ser negociada, pero que siempre mantiene algún balance en la estructura natural de la sociedad y su mundo.

Ser recíproco con otros, equivale a esperar que otros serán recíprocos con nosotros, de modo que la justicia adquiere un papel esencial, en este modelo. No una justicia burocrática, ni de tribunales: no los hay, salvo en casos espectaculares, liderados por el hijo del Sapa Inca, los curacas y amautas. Pero esto, de nuevo, en casos contados, ya que la justicia que se practica en el imperio, es otra. Idealmente, en un sentido final, es la de

uno mismo que se autogobierna. Es un proceso crítico de la personalidad que le compele a actuar de modo noble por convicción de la ley, y no por mero respeto o temor al castigo.

Esta reciprocidad se refleja en diversos ámbitos de las relaciones. Entre imperio y pueblo, es decir, entre soberano y gobernados, existe reciprocidad. El trabajo de todos es respetado y valorado; y desde que la supervivencia es una empresa muy difícil, luego el no trabajar, o ser haragán, es visto como un gran error del comportamiento.

La reciprocidad va de individuo a individuo. Entre ciudadano del imperio y ciudadano del imperio. Va también de lo humano a la naturaleza, y, además, de lo humano con los dioses. Todas estas, y otras relaciones, se encuentran equilibradas por la reciprocidad. El “algo por algo” rige toda dinámica social. Lo más fácil es intercambiar sacos de granos cosechados, pero no todo se puede medir en costales.

Por todo esto, la idea de lucro no existe, pues nadie busca explotar las riquezas y la producción con el fin último en beneficiarse particularmente, (esto sería absurdo y contraproducente para la salud natural de la Pachamama). No hay compra/venta de ningún tipo. En el imperio de la reciprocidad, todo es intercambio justo, y así, a nadie le falta nada, considerando que todos trabajen en el sistema de la mita y que el fruto del trabajo sea eficientemente circulado o redistribuido.

El estado incaico se encarga de recopilar el trabajo y sus consecuencias. Lo administra todo. Cada familia es un grupo nuclear que se articula con otras familias locales. El ayllu se suele mezclar con la nobleza del Inca. De esta forma, toda región está poblada por ciudadanos de un imperio que, en suma, es familia, y aunque exactamente no lo sea siempre, se les adopta como tal, siempre y cuando mantengan observancia a las tres grandes reglas: no robar, no mentir, no ser haragán.

El ayllu tiene su parcela propia, y cultiva lo que quiere, de acuerdo a los designios del cóndor, que es el modo en que se le llama a su líder, el más anciano, o la más anciana; Usan su tierra para lo que el ayllu quiera, necesite y juzgue adecuado. En determinados cultivos de cada rincón, a veces se especializa el grupo, dependiendo de la zona climática y altura variante en que tenga terreno. El dominio ideal, para sus tierras, es el de muchos pisos ecológicos, ya que esto representa mayor variedad de productos.

A veces hace frío, a veces hace calor, y es ampliamente variado el tipo de paisajes que existen a lo largo del extenso imperio. La parcela que se le asigna a los ayllus,

normalmente, se encuentra en los valles, o bien, en la compleja red de andenes que se expanden por cada montaña que está cerca del gran camino imperial. Desde los núcleos habitacionales, hasta los lugares de trabajo, a veces, por ser una geografía tan compleja, y por ser sus dominios amplios, puede tomar de uno a tres días en llegar caminando hasta el lugar de labores, en donde se cumple con la mita, o el sistema de trabajo.

Recordemos que todo lo producido, no es para vender. Todo se entrega a los tambos, y de los tambos uno puede obtener lo que quiera, ya que se conecta con otros tambos que incesantemente mueven los bienes de un lado a otro. El trabajo de todo el imperio abastece una enorme extensión y supone una variedad conjunta inmensa. Los dos pilares de que esto sea posible son la reciprocidad y la redistribución.

Desde todos lados, la gente trabaja, y asegura su supervivencia. Entrega todo al Sapa Inca, quien lo reparte con la ayuda descentralizada de caciques. Para dicha labor de redistribución, hace falta que los caminos estén bien atendidos en todo momento. A veces caravanas de llamas y otros auquénidos recorren los caminos, llevando bienes de un Suyo, al otro.

Esta labor en el campo, es sólo un ejemplo del sistema de la mita. Un ayllu se compone de más de un individuo y la fuerza de trabajo nunca falta. Desde que no se puede ser flojo, la fuerza libre y adulta del ayllu debe cumplir otros aspectos de la mita, o a veces de la minka. La mita es obligatoria de los ciudadanos para con el estado y los templos y toma una parte de su día, teniendo sistemas de equivalencias en casos especiales como los de las minas y los soldados. Pero también hay festividades en donde se descansa y nunca hay agobio de ningún sistema orientado a producir para el consumo como fin en sí mismo.

Además de representar el trabajo agrícola, la mita puede cumplirse produciendo bienes manufacturados de todo tipo. Es muy común, asimismo, que la mita se manifieste en la conservación y extensión del maravilloso camino imperial, lo cual resulta bastante común en las regiones más periféricas del gran imperio, o las más recorridas.

A veces, hace falta construir edificios. Esto se hace de modo organizado, realizando la minka, en donde comunitariamente se construye con fines determinados y específicos, tales como un nuevo templo, o una nueva zona de residencias, o una fortificación, todo ello, puede lograrse al cabo de faenas, en donde los maestros constructores dirigen la mano de obra y el trabajo de todos beneficia indistintamente al imperio entero.

En la minka se pide ayuda a los demás, prometiendo que luego uno va a ayudarlo cuando le necesite, y así se cumple el ayni, o el acto mutuo o recíproco. De este modo, la minka es un trabajo comunitario por el bien social del ayllu y representa otro aspecto de la mita, o el sistema de trabajo del imperio.

Los jóvenes viajeros escuchan atentos. No entienden a dónde quiere ir con esto el amauta Vichama, quien ya ha terminado de ajustarse toda la armadura de cuero. Les dice entonces: - “Descansen ahora, pequeños, y mañana podrán elegir cómo quieren cumplir su mita. Ahora el soldado Huántar va a tomar el mando y yo iré a preparar la guerra. Hemos sido atacados por fuerzas divinas y misteriosas, y sólo con la ayuda de nuestros hermanos dioses, podremos dar lucha. Ahora a dormir y espero verlos pronto; nunca olviden los valores universales de los hijos del Sol: deben amar y ser compasivos, deben vivir una vida buena, debe ser veraces y trabajadores. Deben ser recíprocos y justos. Finalmente, espero que puedan aprender a respetar a los ancianos y a los dioses”.

Dicho esto, el amauta Vichama se trepó en una especie de alpaca grande, pero más corpulenta y el animal empezó a recorrer con rapidez el camino imperial. Ajustado a la bestia noble, el amauta se despedía de los reclutas y los dejaba como suspendidos en un pueblo cuyo nombre desconocían. Quién sabe qué caminos le esperan a cada uno de los nuevos ciudadanos del imperio.

6. Coleccionistas de piedras

Killari está cansada, pero satisfecha por haber cumplido con su cuota de trabajo. Es inusual la dedicación que ella tiene y son pocos los que le ofrecen oportunidad a aquel oficio tan extraño. No a todos les gusta adentrarse en lugares oscuros y desconocidos, sin saber si podrán regresar, o si caerán a un foso del que nadie podrá rescatarle. Killari viene del Suyo del interior, de un pueblo antiguo llamado Chanka.

Su pueblo es uno guerrero por naturaleza, y a sus compañeros de trabajo les gusta oír sus historias. Juntos se meten en cuevas y se cuidan unos a otros. Cuando alguno encuentra un brillo misterioso, pronto vienen con una piedra afilada y golpean los alrededores, hasta desprender un bloque que contiene un mineral extraño. Ha pasado, sin embargo, que la piedra no puede romper ciertos minerales desconocidos de colores muy variados.

Luego de tener muchos bloques brutos de estos, regresan al mundo y se encargan de limpiar la tierra y polvo del mineral propiamente. Así, acumulan piedras raras, que algunos usan como adorno, o bien, como ofrenda, pero no mucho más, ya que la orfebrería es vista como una profesión sumamente excéntrica. Los que producen objetos materiales, suelen hacerlos de barro, o bien, de cerámica, con maravillosos diseños de arte que varían de Suyo a Suyo. Pero el metal no es trabajado con extendida dedicación, salvo en regiones alejadas y conocedoras de secretos de importancia superlativa.

Killari les cuenta una vez más a los amigos, cómo su abuelo le refiere que los Incas les conquistaron. El Sapa Inca era muy astuto y había preparado una argucia para los guerreros chankas, a quienes no podía confrontar en lucha directa, ya que su ferocidad era conocida y sumamente temida. Los guerreros más violentos y experimentados en el arte de combatir, no venían de otra zona, sino de los valles chankas, pero nunca, por entonces, se sometían al imperio. Eran rebeldes y orgullosos, como su legendario líder, Anco Accollo, el guerrero que usaba la piel de un jaguar como vestido.

Ya antes los chankas habían atacado la fortificación misma de Cuzco, antes de ser proclamado el Tawa Inti Suyo, cuando eran un reino regional apenas. En aquella ocasión, se cuenta que el Inca había hecho una magia para que las piedras del valle tomen forma de soldados y les ayude a repeler los feroces embates, que a duras penas lograron detener al cabo de una sangrienta jornada.

Pero luego, cuando el imperio creció y se hizo más fuerte, sus capacidades de conquista se multiplicaron y no demoraron en presentar un gran ejército en frente del poblado Chanka. A lo lejos, se veía formado el ejército del Sapa Inca, con sus duros cuerpos y las armaduras de cuero que utilizaban. Los Chanka sabían que no arremeterían sus fortificaciones, ya que éstas estaban acorazadas en lo alto de un poderoso Apu, de modo que se resolvieron a atacarles de frente.

Cuando los guerreros chankas fueron al encuentro del ejército enemigo, se dieron con la sorpresa que nadie había allí, salvo piedras apiladas disfrazadas de soldados, y cuando se dieron cuenta del engaño, voltearon la vista para ver su fortaleza tomada por los del imperio, sin derramar una gota de sangre. Luego de eso hubo rebeldes y desórdenes aislados, pero a partir de esa victoria, el pueblo de los chankas terminó por asimilarse al entramado del imperio, y con el tiempo, se reconocieron como tanto chankas, como hijos del Sol, al mismo tiempo.

Un compañero de Killari interrumpe el relato: - “Miren esta piedra enorme, ¡Nunca había visto nada igual!”, a lo que otro le replica: - “No conozco esta piedra, pero seguro que para algo va a servir, saquémosla y vamos al tambo de una vez, que se hace tarde”. Juntos culminan la jornada de labor, animados por las historias de la más avezada de los exploradores de minas.

Con un costal lleno de piedras distintas, los mineros salen del lugar donde cumplen la mita y se dirigen al valle de Catequil, por el norte del imperio, en donde está la avanzada en contra de los Mochica. Al menos, eso es lo que ellos creen, ya que no han sabido de las noticias del asalto a traición que han sufrido las fuerzas imperiales en la emboscada nocturna.

Al llegar al tambo, notan sorprendidos que está casi vacío, salvo por el administrador del almacén, su hija, y un hombre misterioso con la cara pintada y los cachetes bastante sobresalidos. Ahí se enteran que el ejército se ha replegado y ha marchado al oráculo de Catequil, para notar con horror que del templo ya no queda nada, salvo piedras fragmentadas que se han esmerado en preservar, para repararlas o rehacerlas.

Del ejército invasor del Uku Pacha, no se sabe nada, y entre los Mochica y los imperiales, hay una especie de tregua implícita; o al menos, esto es lo que se cree, pero lo cierto es que ya las fuerzas del Sapa Inca retornan al tambo, para continuar con su campaña de conquista, aun cuando otro enemigo ha aparecido en su interminable guerra.

Con un intercambio de palabras, los que se guarecen en el tambo conocen unos las historias de los otros, y no demoran en conectar ciertos hilos. El herrero Mochica se admira de todos esos metales traídos por los aventureros y los solicita para hacer un ejemplo de su arte, pero los mineros sienten que estarían desperdiciando el fruto de su trabajo. Con mucho pesar, frente a la insistencia, le dan una pequeña parte del mineral cobrizo al hombre de rostro pintado con cuadrados negros y blancos.

Mientras beben chicha y comen carnes distintas, tanto de pescado, como de venado, los mineros empiezan a admirar la labor del orfebre, quien sopla mediante un tubo a esa hornacina que, junto a Urpi y su padre, han reforzado para sellar y así conservar el calor. La temperatura que adquiere la forja es inmanejable, y en unos moldes, se vierte el mineral derretido, luego de lo cual, se deja secar, generando así una pequeña placa de metal con agujeros.

Al principio no entienden cómo podría servir algo así, hasta que, con un quechua muy maltratado, el Mochica explica que uniendo varios de estos, se puede hacer una especie de vestido de metal, y que los guerreros nobles de su pueblo los usan, para demorar las heridas en sus cuerpos. Los presentes no lo creen, ya que es un tipo de brujería que desconocen, y advierten que, sin dudas, es un asunto que el Sapa Inca se regocijaría en conocer.

Pero no hay tiempo para alabanzas o exclamaciones de sorpresa. Los presentes en el tambo son interrumpidos por un cuerno muy sonoro. Es un resoplido conocido, que anuncia la avanzada del ejército imperial. El cuerno, caracola, o pututu, es un instrumento muy antiguo y que puede escucharse casi de un valle a otro.

Inmediatamente luego del sonido que anuncia el músculo conquistador del Sapa Inca, se ve una procesión pasar ante la ventana trapezoidal del tambo. Urpi se asoma y encuentra a su padre abriendo las cortinas de madera para asombrarse ante tan majestuosa procesión. Los mineros se unen, y, por último, el asustado Mochica de cachetes pintados con cuadrados bicolors se para en la puerta y casi es atropellado por la vanguardia de los hijos del Sol.

A tiempo se hace a un lado, en el umbral del tambo, para observar galopar a toda velocidad una centena de auquénidos de guerra, forrados en telas y cueros para proteger sus pieles, y de tamaño muy generoso. Hasta dos soldados ocupan la montura, uno con lanzas, el otro con las riendas. Otros van solos, con un escudo en la mano con que sujetan

a la noble bestia, mientras que con la otra portan cachiporras largas o lanzas con puntas de piedra.

Estas criaturas se suelen usar para la carga y transporte de bienes, por lo que se fortalecen mucho, pero su uso en batalla sólo se usa en raras ocasiones, como cuando están valle abajo, y tienen la certeza de que el camino está despejado. Siendo así, en esta ocasión y teniendo una pirámide en la parte baja del valle que no venera a Inti ni al Inca, luego su estancia es la de combate y van prestos a la conquista por la fuerza.

A continuación del desfile de las alpacas de combate, que levantan una humareda alrededor del camino imperial, le siguen un centenar de hombres con túnicas ligeras y lanzas largas corriendo a una velocidad tan inhumana, que casi van al paso de los cuadrúpedos de amplios trancos. Los chasquis están curtidos en el oficio de andar, y hoy les sobran energías. Masticando hojas de coca, van los mensajeros, mentalizados para la batalla y apostar la muerte en deber, uno de los honores más grandes que se pueda estimar, especialmente entre los de sangre real.

A paso menos ligero, pero incesante, absurdamente largo y de casi media hora de tránsito le corresponde el turno al grueso del ejército, compuesto de dos líneas de honderos al centro, dos líneas de soldados de mazo y escudo protegiéndoles en los extremos y un par de espacios para tamborileros y flautistas que marcan tanto el ritmo del paso como el ánimo de la marcha.

El Mochica se cae de rodillas ante la numerosa tropa y cuando se aproxima el final del desfile, se asoma un cortejo compuesto de soldados de élite rodeando a unas personas que cargan una litera, y en ella, sentado, como en un trono móvil, un sujeto. La cara del personaje se puede ver claramente: está preocupado. Tiene adornos grandes en las orejas y porta un adorno majestuoso en la cabeza. Es una imagen sublime que transmite el poder de los mismos dioses.

Sabiendo que es el hijo del Sapa Inca, desde el tambo le gritan llamándole, pero el soberano ni se inmuta, parece más enfocado en querer llegar a su destino, que a detenerse para hablar con nadie. Por fortuna atraen la atención de un amauta que se separa del séquito y pregunta qué necesitan.

Entre todos, le dan a conocer la tecnología de los metales en placas que conocen los Mochica, pero el amauta reduce y minimiza el asunto, de modo que se une apresurado al

séquito para continuar la marcha a la confrontación. Los del tambo se sienten ignorados, pero han cumplido con su deber a la verdad. Cuando ya se han ido las huestes del Inca y el silencio se mantiene inquebrantado, el orfebre de cara pintada dice con tono sombrío: - “Hoy el Decapitador va a pintar de rojo el cielo con sangre, pobres soldados que marchan a su final”.

7. El rito del hijo del Sol

El soldado Huántar, ahora a cargo de los reclutas viajeros, es muy distinto que el viejo amauta Vichama. Es áspero, rudo y su modo de querer es bastante feroz. Carece de delicadeza y de un grito o samaqueada, empieza a despertar a los jóvenes uno por uno. Les advierte que es su último día. A los que siguen durmiendo y no se levantan, les golpea con un bastón y les amenaza con tirarles una jarra de agua encima.

A todos los jóvenes les forma en líneas y les pide tomar distancia de un brazo con el otro. A los que no guardan silencio los afrenta golpeando su bastón de madera en la tierra y haciéndola temblar debido a la fuerza que imprime. A toda voz, para que escuchen claramente todos, les dice que ahora empieza su servicio al imperio, y que todo ayllu se enorgullece de sus miembros, pero que aquellos torcidos de comportamientos reprochables, reciben a cambio de su malicia la expulsión, y pasan a ser parte de la fauna silvestre.

Dos cosas puntuales, Huántar, les quiere explicar a los niños antes de hacer el rito. Primero, quiere hablarles del castigo, y luego, quiere ofrecer posibilidades de cómo cumplir con la mita, la minka y, en suma, de qué modo el ayni entre persona y persona, entre ayllu y ayllu, entre suyo y suyo, conservan siempre un balance natural.

Los niños se sienten confundidos. El rigor de esa disciplina les hace estar asustados, pero al mismo tiempo, esa actitud posibilita que las palabras perforan desde lo acústico hasta el ámbito del entendimiento. Casi todos rondan entre las once y las quince lunas puras, es decir, en ciclos completos del Sol.

Yawar se pregunta entonces: ¿cómo miden el tiempo, y para qué?, pero entiende que Huántar no es un paciente amauta, como Vichama, sino que ha dispuesto acelerar un proceso dictaminado por la situación de crisis. Por esta triste razón, ni Yawar, ni sus compañeros se enteran que en la ciudad del Cuzco hay un templo con doce pilares, y en cada mes, el Sol aparece por cada uno de ellos en orden, hasta cumplir un ciclo entero. Esto sirve para anticipar los tiempos de cultivo, de modo que, considerando los momentos de preparaciones previas, se cuenta cada año desde la luna llena anterior (o luna pura), de modo que se aprovechen mejor las estaciones de sembrado.

El soldado Huántar clava tan fuerte su bastón sobre el piso, que lo hunde. Muy severo, casi violento, mira desafiante a los muchachos que bromeaban entre susurros. – “En el ayllu decide la persona más vieja; en el imperio también. A los mentirosos, los ladrones, los flojos, los concupiscentes o adúlteros, los traidores, desobedientes y destructivos, a todos ellos se les castiga”

Mientras se pasea de lado a lado, va dando vueltas a la formación cuadrada que ha establecido, y dirige su voz siempre al centro, de modo que todos le entienden perfectamente. Nadie escapa a su visión y su voz les persigue desde todos los ángulos. De modo atento y no sin temor, escuchan los jóvenes que la pena máxima es la muerte y las ejecuciones son variadas. De otro modo, existen la cárcel y la expulsión del ayllu o del imperio. Desde que las penas son tan severas, y el cumplimiento del deber es tan dulce, luego, explica el soldado Huántar, hay pocos criminales, y donde los hay, son vistos como una corrupción que daña el balance que Wiracocha estableció y el Sapa Inca vigila con la ayuda de sus hijos.

El soldado Huántar ruge y ahora está gritando sin darse cuenta. Mira a los ojos a uno y otro, cuando pasa por delante de la formación. Les cuenta que el pueblo del Sol no fue siempre un imperio cohesionado, sino que un antiguo Inca lo unificó y separó la tierra en cuatro esquinas. Su hijo conservó lo creado y lo defendió de los sanguinarios guerreros chankas, tanto más valientes como feroces, entre otros invasores, amenazas o enemigos.

Luego, el hijo de ese Inca, expandió las conquistas y tras un tiempo, hubo paz, pero las revueltas no dejan de aparecer. (Chuchi Capac se ha rebelado en una gran zona por el sur, y los Mochica se han reagrupado por el norte) Los hijos del Inca se han preocupado por mantener el equilibrio en el imperio y el mundo, en cuanto les sea posible.

Cuando pasa la mirada por Yawar, éste le mira tranquilamente y escucha atento. Huántar lo mira y calma su discurso, lo que paradójicamente, produce mayor temor por parte de los jóvenes, puesto que su severidad se dramatiza. Dice finalmente sobre el punto: - “Sepan, hijos de la tierra, que el Sapa Inca tiene una ley sencilla, pero de mano muy dura.”

El soldado retoma su camino y ahora va por el otro lado, bordeando la formación en sentido opuesto, mientras les cuenta cómo un reino en el ombligo del mundo empezó a conquistar la región y navegar hasta islas muy lejanas, para convertirlo así en el Tawa (cuatro) Inti (Sol) Suyu (Región).

De los hijos del Sol, que somos todos, el descendiente directo del Dios tiene un ayllu y su linaje hereda el título de Inca, siempre y cuando sea el mayor en lunas puras y sea digno de su cargo. Así de este modo, explica Huántar, en cuanto hijo directo del Dios Sol, el Inca es un soberano absoluto y se ayuda de un entramado de caciques y curacas para administrar sus dominios.

Ahora que nadie se atreve a interrumpir, Huántar cesa el rodeo y se para en una roca grande en frente de ellos. Les dice que el imperio se divide en dos. El Hanan y el Hurin, es decir, en lo alto o elevado y lo bajo. Esta separación funciona en diversos niveles: se usa para distinguir norte del sur, lo que existe en las alturas y en el valle bajo, pero también para el reino del cielo, y el reino de la tierra. En otro sentido, distingue a la clase noble y sacerdotal, de un lado, y al pueblo general, del otro.

En cualquiera de los casos, la misma ley rige para todos y el concepto del ayni atraviesa todas las relaciones sociales. La pereza es duramente castigada, debido a que implica una transgresión social, económica y religiosa. Los ayllus expulsan de sus núcleos a los flojos ya que los perciben como una corrupción despreciable que destruye el sentido comunal de la mita, la minka y el mutualismo recíproco.

Mentir, del mismo modo, es un crimen, por cuanto re-moldea la realidad en base a algo que se aleja de la verdad, de manera que se espera para todos los hijos del Sol, que no vayan en contra del orden del espacio y tiempo que articula Wiracocha, destruyendo con sus falsedades la buena fe, el buen espíritu y el amor de los ciudadanos por su cultura.

En este momento, el soldado Huántar se pone más serio que nunca y vuelve a levantar la voz para que todos se enteren: - “En casos extremos, la mentira se castiga con la muerte y la deshonra”- les dice a los jóvenes con énfasis. Desde que el falso testimonio es algo que se busca eliminar de toda práctica, el Sapa Inca persigue con implacabilidad a los mentirosos y los ajusticia de acuerdo a su voluntad.

Para asegurar el orden, uno de los hijos del vigilante Sapa Inca había establecido que las funciones de los caciques debían impartir de modo equitativo tanto el premio, como el castigo y en general, el control. El premio y el control solía estar en sus manos de modo directo, gracias a los sistemas sociales que ejercían, mientras que el castigo se practicaba siempre y cuando no fuera un caso extremo, en cuya circunstancia se apersonaba el criminal ante el mismísimo soberano, padre de todos, para que éste le ajusticie con severidad y de modo ejemplar.

Cuando una persona ha cometido una falta menor, se espera que pueda corregirse en el futuro, y para escarmiento de sus acciones torcidas, se les coloca en los calabozos, que son recintos subterráneos en donde se le encierra al delincuente con animales feroces, tales como lagartos, serpientes, sapos venenosos, pumas, zorros, osos, perros y otros, con los cuales debe competir por el alimento.

Hay cárceles en cada pueblo grande fortificado, y no es posible entrar o salir, sin la orden de los hijos directos de la nobleza incaica. El soldado Huántar les repite con una voz que se va calmando, ya que ha impreso la importancia adecuada a sus palabras. Culmina su sentencia encima de la piedra diciendo: - “Están advertidos, jóvenes, no desobedezcan conociendo el castigo”. Y dicho esto, se pone a rodear la formación una vez más.

Yawar siente que se cansa de estar parado por tanto tiempo, pero su cuerpo no es tan importante, cuando su espíritu recibe información que debe poder cumplir. No quiere ser arrojado a los calabozos llenos de fieras junto a los desobedientes, los rebeldes, o los traidores del imperio, antes bien, quiere servir como pueda, sin saber cómo.

Se les advierte más cosas a los jóvenes, antes de iniciar el rito de su adultez: a las cárceles del subsuelo se mandan a los hechiceros prohibidos, y se cortan sus lenguas, para que no puedan comunicarse con las criaturas nefastas del Uku Pacha. A los envenenadores los meten en sacos con serpientes y sapos, mientras que a los que dicen ser videntes, pero no profetizan con adecuación, se les puede llegar a extirpar uno o ambos ojos, dependiendo de la decepción que haya causado, ya que se estima que tal acto orbita la mentira.

La nobleza, no por ser del ayllu del Sapa Inca se salva de estos designios: la ley es igual para todos, y en la cárcel subterránea se puede ver tanto a ciudadanos del Hurin, como del Hanan, de manera que nadie está jamás por encima de la ley, y antes que apañar o esconder los actos reprochables de los seres queridos, los primeros en dar alarma de los actos torcidos son los mismos familiares cercanos, quienes prefieren expulsar a los corruptos, antes que ser cómplices suyos.

Como no es bien visto desperdiciar comida en malos elementos de la sociedad, la más difundida y practicada pena es aquella que despoja al criminal de su vida, para que no pueda cometer más sus fechorías, y de esto, se benefician todos, ya que aquél que está con deseos de destruir o lastimar, representa una amenaza para todos, y no sólo para sus víctimas potenciales directas.

Huántar, el soldado experimentado les ruega: - “No por ustedes, no por las víctimas, ni por el castigo, sino, piensen en la vergüenza que pueden llevar a su ayllu, a su cóndor, al curaca y amauta que les han enseñado lo que está bien.” Esto confunde a Yawar mucho: él entiende que lo malo genera perjuicio para todos, pero no reconoce ese sentimiento de avergonzar al ayllu, desde que él, de modo extraordinario, no pertenece a uno en la rigurosidad de la práctica.

Por estas razones, explica el soldado, la vergüenza de un criminal en una familia noble del Hanan es mucho más oprobiosa y de escándalo, antes que, de las familias del pueblo general, o del Hurin. Luego mira directamente a Yawar y culmina diciendo: - “Pero eso no importa, acá somos pura gente del pueblo, nada de nobles, salvo nuestros actos.” Y al terminar, se ríe, como si hubiera hecho una broma muy ingeniosa, que nadie parece haber comprendido.

Luego continúa con su monólogo: explica el soldado que hasta los curacas desobedientes reciben castigo. Asimismo, los soldados que saquean o utilizan la violencia desmedida de modo injustificado durante sus conquistas, son castigados, de suerte que hay una ventana muy reducida para el salvajismo desenfrenado.

Pero de todas las penas, la que se cobra con mayor seriedad es la de aquellos que faltan el respeto, injurian, insultan o calumnian al Sapa Inca o a sus descendientes. En primer lugar, esto supondría una mentira, pero aún más, incurriría en un acto de desobediencia y sublevación que no hacen justicia a las formas imperiales, de modo que el criminal termina deshonrado por sí mismo y se le puede llegar hasta enterrar vivo en fosas que tapan con grandes losas de piedra plana.

La violencia sexual, de la misma manera, es algo que no se puede tolerar, y se castiga con gran intensidad, amputando partes a los agresores, y normalmente se les expulsa del ayllu, pasando a formar parte de lo natural, de manera que los más viejos del ayllu afectado le dan caza al aire libre y luego lo descuartizan, a fin de portar los restos separados como una medalla de la justicia, a la vez que se imposibilita su resurrección en la siguiente vida.

Los que cometen fraudes, sobornos o actos de corrupción en la redistribución o cualquier aspecto del ayni, son vistos como mentirosos mayores y para no generarse mayor problema, se les decapita en el acto, colgando sus cabezas en lanzas de las que cuelga un quipu explicando sus perversiones, y si bien, no todos pueden interpretar ese modo de

lenguaje anudado, lo cierto es que todos se terminan por enterar de las razones de tan radical ajusticiamiento.

El soldado Huántar declama algo que le toca muy de cerca, sin que los jóvenes lo sepan: - “A los traidores se les desuella, jóvenes, es decir, se le quita la piel y los órganos, mientras están vivos, ya que pocas cosas hay peores que la de traicionar al imperio de modo directo”. Explica luego con voz clara, que a los ladrones se les ahorca, a los rebeldes se les parte en pedacitos, a los violadores y adúlteros se les apedrea o mutila; Si uno atenta contra las obras sociales, por ejemplo, incendiando un tambo, maltratando parte del camino, o derrumbando una casa, se le lanza desde lo alto del monte. Con los huesos de los hechiceros que han buscado perjudicar al Inca mismo, se les limpia y son usados de flautas para festividades especiales. Con sus dientes se hacen adornos y con su cráneo se hacen vasos ceremoniales, en donde los curacas beben brebajes de protección.

Finalmente, dicho todo esto, el soldado Huántar reformula el orden en que se encuentran todos estacionados, escuchando atentamente, y forma ahora una larga línea con todos. A uno por uno va preguntando a qué se quiere dedicar. Unos quieren cultivar, otros quieren tejer, uno quiere ser chasqui, mientras que otro quiere conocer el secreto de las estrellas. Pajarito quiere ser alfarero y a Quispe le atrae el oficio de vigía. No hay uno sólo que quiera quedar al margen de la mita, ni cualquier indicio de que alguno fuera a desobedecer. El turno, por fin le toca a Yawar, pero su decepción es mucha, cuando Huántar le refiere: - “¿Labrar la tierra? No, pequeño, tus brazos son fuertes, tú te vas a la guerra conmigo mañana.”

8. Los Mochica se quedan sin agua

La guerra duró tres días. Cuando las fuerzas del imperio del Sol se precipitaron valle abajo a un templo muy antiguo, encontraron una fiera resistencia. Los Mochica estaban asustados, porque en la marea, las conchas de *Spondylus* estaban golpeadas y cada vez más al sur, lo cual anunciaba un cambio climático importante, que siempre les debilitaba, y por eso eran objetivo de los sabios incaicos que coordinaban su ataque cuando más débiles de recursos habrían de encontrarse.

Por ello, anticipándose, los brujos del Dios Decapitador habían congregado guerreros de todos los pueblos de la zona, incluidos distintos grupos reconocidos desde los dominios del valle de Sipán, la huaca del Brujo, el reinado de la señora de Cao, los hechiceros principales de las pirámides del Sol y la Luna, y hasta del lejano valle de Pañamarca, todos, unidos por una identidad Moche, se habían congregado multitudinariamente para hacer frente a los invasores incaicos.

Los Mochica son salvajemente feroces con los enemigos, pero nobles y acogedores con los amigos. Por ello, ver caer en manos incaicas a sus aliados de Chíncha y de Chavín de Huántar, les había infundido una furia especial que los brujos más astutos habían sabido aprovechar. Todas las profecías apuntaban a su superioridad para el violento encuentro, de modo que los guerreros más poderosos de los Mochica, ya empezaban a desear salir a practicar su arte favorito: el de vencer enemigos y cortarles la cabeza para adornarse.

Cuando el galope de las alpacas de combate incaicas empezó a seguir de cerca a aquel temido cuerno sonoro, los Mochica se plantaron en sus posiciones defensivas y con lanzas largas, escudos de madera, garrotes simples y caras pintadas de rojo, se enfrentaron con furia en contra de los imperiales. Dos grandes mundos chocan en este inicio de la guerra.

Es cierto que los imperiales son muy buenos guerreros, pero el fervor que tenían los locales era sin igual. A mordiscos y puñetes, iban tirando al piso, uno a uno de los enemigos, sin ceder la línea de defensa. Cuando los chasquis llegaron al combate, ya los brujos Mochica habían empezado a cantar sus artificios y unos tambores ominosos opacaban la música de los flautistas invasores.

Sangre, lodo, caos y mucho miedo eran los protagonistas del escenario. Entre ese miedo, había resolución de ambos lados, la voluntad de matar o morir matando. Los que eran

desarmados y caían al piso no dudaban de coger una piedra y resolver las cosas a la antigua. No había espacio para celebrar una victoria, ya que ni bien caía un soldado, otro aparecía en reemplazo, y así, durante toda la jornada, desde ambos bandos por igual.

El grueso del ejército incaico hizo su aparición al cabo de unos momentos. No fue, sino hasta entonces, que los Mochica hicieron el amague de retirarse, pero no para huir, sino para tenderles una trampa. Desde sus pirámides, los brujos del Dios Decapitador utilizaban cierto hechizo para empoderar su voz y se escuchaba fuerte, presente en todo el valle, decir en un lenguaje hereje las maldiciones más oscuras que jamás nadie había escuchado antes.

Los hijos del Sol estaban desmoralizados, ya que veían caer a sus hermanos imperiales uno tras y otro, y, sin embargo, seguían avanzando, siguiendo el paso que les marcaba la línea de defensa de los Mochica. Astutamente, estaban siendo conducidos a un encierro, pero ellos no lo sabían desde donde estaban.

El hijo del Sapa Inca, desde su litera y en lo alto del valle vecino lo iba viendo. Exclamaba que estaba mal y que estaban perdidos ya, pero los curacas y amautas le contradecían, animándole a que la batalla podría cambiar de rumbo. Le animaron a formar a los honderos detrás de una avanzada de escudos y el soberano estuvo de acuerdo, por lo que tocaron un sonido triple del cuerno, lo que invitaba a adoptar la formación entrenada previamente.

Los que habían cargado al ataque se detuvieron, orientados por el cuerno imperial, y plantaron su escudo, recibiendo lanzas y piedras, pero cesando el avance, haciendo un pequeño muro, tras el cual los honderos empezaron a bombardear toda la zona, lo que fue efectivo por breves momentos, ya que los Mochica no se quedaban atrás en estrategias.

Sin intimidarse por el gran orden y majestuosidad de tal ejército, los Mochica retiraron a sus tropas más débiles y ordenaron a sus guerreros de élite que se encargaran del asunto y lo terminaran. El porte y presencia de estos individuos era totalmente asombroso. Usaban cascos muy raros que brillaban ante la luz del Sol, y eso empezó a anunciar la derrota del Inca.

No sólo sus cabezas parecían doradas, sino que su ropa, era como del mismo material, brillante y hermoso, labrado con un arte tan magnífico que, hasta el hijo del Sapa Inca, desde su litera se maravillaba con lo fenomenal de aquellos combatientes. Sus armas de

dos manos eran del mismo material que sus vestidos de metal. Con estas armas reventaron cráneos por doquier y no importó cuantas piedras, lanzas, insultos o perjurios les lanzaron a los guerreros, siempre, sus armaduras reflejaron el daño y sus armaduras opacaron cualquier tipo de amenaza.

En ese encuentro atropellado y caótico de dos mundos, los guerreros apenas lograban espacio para combatir y no podían acceder a la línea de pelea, ya que los cuerpos sin vida se acumulaban con rapidez. Aquellos que ya no podían entrar en la gran fiesta de la muerte, se daban la vuelta y decapitaban a los guerreros que habían vencido. Luego, la cabeza separada la marcaban con una especie de símbolo familiar o de clan, para luego reclamarlas, embrujar para reducir, y convertir en los collares que usaban.

Los soldados decapitadores del valle de Moche tenían dos o tres collares repletos de cuentas que, si se pudiera analizar en el acto, se hubiera descubierto que eran efectivamente cabezas reducidas con sal, pero desde el fragor de la batalla, los imperiales estaban ocupados siendo esquilados e irreversiblemente aniquilados a medida que seguían llegando los refuerzos.

Así pasó el primer día y el hijo del Inca replegó sus fuerzas, dándose por derrotado en el combate, pero no vencido en la guerra. Terminando de bajar del valle hacia un lado seguro, reagrupó a sus tropas cerca de un enorme río y acampó ahí para curar a los heridos y contar a sus soldados. Más de la mitad de su poder había sido neutralizado. Qué ánimos tan terribles, el de aquellos que no sólo han perdido el encuentro, sino que, especialmente, han visto caer a sus hermanos, uno al lado del otro.

Por otro lado, los Mochica celebraban con gritos oscuros y roncacos. Bebían líquidos rojos, fermentados, y otros frescos. Se ensuciaban la cara de este color, y se reafirmaban el carmesí de sus pintas, hasta que se le chorreaba el intenso granate a todo el cuerpo. Los guerreros decapitadores eran halagados y se les trataba con el rango de dioses en tierra, por el día de hoy.

Los brujos iban ofreciendo cada gota de sangre al Dios del cielo y repetían de un lado a otro: - “Ai Apaec beberá con nosotros, esta noche, y colorado se pondrá el cielo”. Cuando decían esto, los guerreros en frenesí repetían las palabras y empezaba a correr cierto humo ritual alrededor de los campamentos. En el atardecer, los designios se cumplían y el panorama de la atmósfera se percibía enrojecido. Primero fue un cielo rosado, pero no

demoró en teñirse de un rojo intenso y oscuro, que enardecía a los Mochica, quienes, eufóricos, se daban por ganadores y bebían sin parar, aullando por su victoria.

El hijo del Sapa Inca no podía regresar, por segunda vez, al Cuzco y darse por derrotado una vez más. Era más noble regresar habiendo cumplido la misión, o de otro modo, no regresar en lo absoluto. Miraba en el horizonte a los enemigos celebrar, mientras que, a su alrededor, los heridos se lamentaban y gemían de dolor. Unos lloraban a sus compañeros perdidos, otros se lamentaban amargamente, pero lo que más afectó a todos, fue la innecesaria decapitación de sus colegas en manos de sus sanguinarios salvajes.

En la mente del soberano y padre del ejército vencido, había imágenes que no podía olvidar. Esos guerreros envueltos en metal, ¿de dónde habían salido? ¿quiénes eran? O ¿Qué tipo de hechicería era esa? No lo comprendía y su gente había sufrido por su apresuramiento negligente. El Inca, entonces, divino y solemne, derramó una lágrima, conmovido por la pérdida de su pueblo.

Un curaca se acercó al soberano, era su amigo de toda la vida, pero siempre le tenía el respeto extraordinario que merecía la investidura de hijo del Sapa Inca. Le dijo con ternura: - “Padrecito, padre nuestro querido de todos, no derrames tu tristeza, que tú eres hijo del Dios Sol, y puedes traer una inundación si sigues llorando.” Con gentileza se acercó al soberano sin tocarlo y se puso los brazos sobre su propio pecho, como dándole un abrazo de lejos sin exponerse a perder la cabeza por osar ponerle la mano encima. El Inca lo miró asombrado, con la idea que le había generado su comentario. Lo abrazó efusivamente y le dijo al sorprendido anciano: - “Curaca Katari, tus palabras me han hecho ver la salvación. Reunamos a todos.”

Ni bien dijo esto, todos callaron y se pusieron a disposición de su soberano. Ordenó deshacerse de las armaduras y cavar. - “¿Cavar?” Casi pregunta uno, pero luego se acordó quien era el que ordenaba tal cosa. Obedientemente, todos cavaron de acuerdo a cómo el Inca fue dirigiendo, trabajando toda la noche y la mitad del día siguiente.

Al cabo de toda esa jornada, los hijos del imperio del Sol comprendieron los planes del sagaz soberano: quería desviar el río para cortar el suministro de agua al valle de los Mochica. Cuando comprendieron estos planes se entusiasmaron y trabajaron con mayor ímpetu, afanosos de dejar el asunto en balance recíproco, de modo que culminaron la obra improvisada en menos tiempo del calculado y al tercer día, luego de despachar chasquis para pedir refuerzos, lo único que tuvieron que hacer, fue esperar.

9. Un vistazo al inframundo

Yawar ha fortalecido sus pies, por la costumbre del andar, y de este modo, ya no le cansa caminar tanto. Junto a su tropa, recorren el sendero del Inca con fluidez y en cada tambo reposan, para volver a la marcha con las nuevas luces de un día distinto. Desde el valle de Caral, han ido hacia el norte y se acercan al valle de Sechín, antes de llegar al oráculo del Dios Jaguar. Las órdenes de Huántar, ahora su comandante, son las de proteger el sitio frente a cualquier invasión, pero no le han explicado a qué se podría enfrentar.

Se han detenido en un valle cercano a su destino. En el tambo de Sechín, se advierte un templo muy antiguo y de paredes coloreadas. Hay grandes estatuas que se mezclan con los muros, pero desde lejos no se aprecian bien del todo. Mientras Yawar y los soldados van trepando, empiezan a reconocer lo que ese templo representa en sus murallas.

Son guerreros tallados de roca, graficando a espíritus muy antiguos de la zona. Parecen ser caníbales y cuando está tallada una decapitación, luego un bloque de piedra salido ha sido tallado como la cabeza separada, de la misma forma, separada del friso. El realismo de las figuras es perturbador, y si no fuera por el colosal tamaño de la fortificación, uno hubiera pensado que se trataba de soldados reales, siendo muy crueles con sus enemigos, por lo cual, no cabe duda que los guerreros de Chavín de Huántar llevan mucho tiempo afilando sus técnicas mortales para el enfrentamiento, al juzgarles por su arte.

El tambo tiene preparados para ellos un fermentado de trigo que se acompaña de un guiso muy sabroso. Los choclos son de granos generosos y dulces, mientras que las ciento doce variedades de papas de la zona se complementan con otras variedades que se traen por el camino imperial de lugares muy remotos, multiplicando las especies de tubérculos en números que solo se entienden mediante quipus. Del río han sacado peces frescos y los doran en una plancha encima de la cocina de barro. El olor del comedor empieza a atraer a los viajeros que se guarecen en el extenso almacén y posada.

Huántar anima a los nuevos reclutas del ejército, incluyendo a Yawar. – “Les va a encantar el oráculo de Chavín de Huántar, de donde proviene mi ayllu. Hay un altar grande en frente de una plaza cuadrada, en donde un fuego central arde sin que se le alimente, y muchos dicen que es consecuencia de una magia del mismo Wiracocha. En este caso, hay una suerte de pirámide, pero más bien, es un cerro de forma piramidal, que

se ha cavado para tener un laberinto subterráneo adentro, en donde pasan muchas cosas turbias.”

Mientras habla, van comiendo todos. De un mordisco despedaza un carnosos pescado y con cuidado evita las espinas. Huántar les cuenta muy entusiasmado sobre tal templo. Refiere que hay una galería en donde sueltan caníbales que han bebido un brebaje mágico y que se enfrentan a un Dios que habita en un recinto central del templo sumergido. En una estancia muy profunda está la gran arma de un Dios que lucha por la justicia social, un Jaguar protector que ampara el sentido del trabajo. Se cuenta que es un gigante con forma de hombre, pero con cabeza de felino. A los flojos, violentos, mentirosos, abusivos, corruptos o a los caciques que no reparten bien, por igual, los devora sin problemas.

Los sacerdotes del oráculo de Chavín de Huántar adornan las paredes laterales del templo/cerro piramidal con unos adornos muy singulares. Con voz muy enfática y conmovido por la magia del sitio, el soldado Huántar refiere mientras bebe chicha: - “Les digo, en esas paredes hay cabezas clavadas, y hablan. Al menos, cuentan una historia. Una vez me di una vuelta alrededor del templo y entendí esto. Luego de la vida, viene la borrachera, y del éxtasis se pasa a la muerte, para luego reencarnar en un animal, o un Dios. Esa es la historia que me contaron las cabezas, que la vida es cambio y un ciclo.”

Ni Yawar, ni los demás jóvenes entienden en qué sentido dice lo que cuenta, pero asienten calmados, sin cuestionar, pero empezando a acrecentar en sí mismos las expectativas del lugar que se les describe. Huántar explica que los de Chavín son una cultura tan antigua, que antes vivían en la selva, al otro lado de la cordillera, y que este templo no es sino una avanzada bastante lejana de su origen primordial: prueba de ello es que su Dios es una criatura más bien propia de la selva, antes que de la costa serrana. Son otros los que veneran al Dios Puma.

Con las historias pasa el tiempo y la noche cae. Con la oscuridad las sombras crecen y los laxos soldados se encuentran relajados a la hora del asalto. Les toma tiempo comprender qué es lo que sucede. Primero los gritos anuncian algo extraño. Luego la conmoción crece como una ola que se sale de control hasta que revienta súbitamente, helando los nervios de los que estaban antes tan relajados.

Entre las calles se cuele el grito: - “¡Supay!, ¡Supay!”. Es un alarido frenético, antes que una simple elevación de voz: se percibe el miedo y la desesperación en la persona que aúlla ante la amenaza. Al parecer, las vicuñas y los cuyes son el foco de la primera

embestida y los lamentos de dolor que profieren son opacados por el sonido de la carne chocando con violencia el piso. Hay una masacre por parte de manos invisibles en perjuicio de los hermanos de los hijos del Sol, y pronto, acaso, les toque a ellos mismos.

Yawar no entiende qué sucede ni logra ver lo que está pasando, a pesar de las piras de fuego, antorchas y lámparas que algunos llevan mientras corren, no hay luz suficiente para develar la verdadera figura de aquellas sombras caprichosas y demoníacas. Sólo se ve una tormenta de humos negros, empotrando a los animales contra las estructuras, en medio de una niebla densa y de un gris extremadamente tostado. El techo del corral no demora en desajustarse y volar varios metros alejándose del impacto. El ambiente se magnetiza y se advierte un color opaco en las pocas nubes que la Luna alcanza a iluminar.

Huántar se arma, se dispone a tocar el cuerno, pero luego lo piensa mejor y se abalanza con resolución al camino, en dirección al templo. Los jóvenes se quedan solos y son los únicos que no atinan a esconderse. El desgarrador sonido de las bestias siendo ejecutadas empieza a herir la empatía de los mortales, pero lo más frustrante es que no identifican a su invasor: sólo ven sombras y espíritus de imprecisa anatomía, de cuyas naturalezas a veces parece rescatarse que parecen cabezas flotantes, ya que dos flamas se agrupan de tal manera que se podrían confundir con ojos desorbitados.

Cuando los pobres animales han sido masacrados, ocurre un breve momento de silencio, en donde la atención de todos se incrementa y luego se desencadena otra oleada de carnicería; esta vez, un vigía local cae de su torreón de observación, pero no se logra distinguir qué tipo de fuerza sobrenatural le ha arrojado con tal violencia.

El hombre robusto cae con la lanza hecha pedazos y uno de sus brazos se disloca con el impacto del tropiezo. Cerca, Yawar mira aterrado al hombre ser envuelto en decenas de brazos fantasmagóricos y cree poder discernir formas entre las figuras. Son como ancianos, muy demacrados, como fantasmas muy viejos, que le arrastran al sujeto y le quieren llevar a su mundo, pero el vigía lucha para no ser desterrado de este plano. Con el brazo roto, su dolor cede a su voluntad y, finalmente, ante la mirada atónita y desesperada de Yawar y el pueblo, el hombre desaparece, jalado por las sombras hasta otro mundo que de pronto, parece haberse satisfecho con la presa, y de modo súbito, cesa su ataque.

La gente no sabe si el silencio que reina será interrumpido una tercera vez, pero en la expectativa plena de inquietud, regresa Huántar con el curaca local, quien agita un báculo,

como ahuyentando algo que ya no se ve. – “Se lo han llevado, se esfumó en medio de la nada, absorbido por las sombras con ojos de fuego”, refiere uno, - “Cayó desde el torreón hasta el piso tan fuerte, que atravesó al inframundo”, dice otro. Nadie sabe bien qué ha sucedido. Yawar no sabría explicarlo, por cierto.

El curaca se lamenta y explica que el vigía era de sangre real. Los que le conocieron aseguran que fue un buen sujeto, trabajador y con una familia feliz. ¿Qué fue todo eso? Se pregunta Yawar; ¿Eran ancianos los que se asomaban a este mundo con la forma de sombras? ¿Por qué sus ojos brillaban tenuemente como un fuego imperfecto, como si no tuvieran la total realidad, ni calor, de las piras o fogatas reales? ¿Estaban muertos, esos que vivían ahí? Yawar no comprende, pero no tiene tiempo para las preguntas, ya que un viento se eleva fuerte y arrastra arena con tierra de modo violento. Esta fuerza es distinta, y parece más bien estar dialogando con las sombras, en un lenguaje que sólo los árboles y las piedras alcanzan a comprender.

La gente asustada corre a sus casas y el curaca grita que deben esconderse, ya que los Supay andan sueltos. Desde la calle oscura, Yawar mira como todos se guarecen, y se preocupa porque todos estén a salvo: todos menos él. El viento le empuja. Por un momento se planta, creyendo que puede aguantarlo, pero no es una ventisca como antes haya podido experimentar. Es un viento feroz que cada vez arrecia con mayor intensidad.

Ante la mirada atónita de Huántar, el huérfano y reclutado Yawar, es arremolinado por las fuerzas del torbellino. No sólo lo empuja hasta hacerle levitar, sino que parece como una corriente grande, larga, que ha decidido llevarse al soldado sin ayllu. Bajó del cielo como un tubo flotante y la fuerza apenas visible en la oscuridad serpenteó desde lo alto, hasta el valle, sólo para atropellar al pobre niño del valle de Caral ¿Es que acaso ese torbellino tiene forma de una serpiente-dragón? Todo parece indicar eso, y todos quedan perplejos.

Adiós Yawar, fue bueno conocerte por el poco tiempo que tuvimos juntos. Ahora los dioses de la noche te reclaman y te han hecho volar. Así piensan sus compañeros, en donde el más afectado es Huántar: su responsable. En el valle de Sechín ocurrió la desgracia, mientras empezaba a llover con furia. Las sombras se mezclaban entre ellas, como con hilos oscuros, y luego de una danza, manifestaban la figura de una gran araña, que a pasos agigantados trepaba de una colina, a otra, dando vueltas al tambo. Luego, se desencadena el impacto de un rayo en uno de los árboles cercanos al lugar donde fue

arrastrado el joven soldado. Yawar deja de percibir, en su ascenso a otro mundo, pero el resto de sus amigos, desde el tambo asediado por las sombras de los Supay y la tormenta misteriosa, lo observan todo: el huérfano es transportado lejos, por el aire, hasta que se pierde de vista, como una estrella que ya no brilla. El viento le hace volar más allá de lo iluminado por los destellos de la tempestad, y con terror se presencia cómo una marea de la noche desapareció a alguien que apenas era un joven, y ahora pertenece al reino del cielo. En medio de ese pavor, Huántar y su tropa les plantan el escudo a esas arañas gigantes hechas de sombra, y la tormenta dispara rayos cada vez de modo más frenético, por lo que, en suma, no parece estar claro para los hijos del Sol quién está de qué bando todavía.

10. El hijo del Sapa Inca decide su rumbo

En el valle de Catequil, por el norte del imperio, se experimentan días extraños. Los jóvenes mochicas reclutados para las labores de la mita son muy ariscos y se niegan a compartir la lengua. Hablan entre ellos y a regañadientes realizan sus labores. Cuando uno se planta y decide que no quiere trabajar más, es disuadido primero por la palabra y por el garrote después. La mayoría se corrige, pero aquellos que insisten en la rebeldía reciben un castigo ejemplar.

Lentamente se acomoda la vida nueva, mientras los incaicos asimilan las habilidades de la orfebrería especializada. Sus mejores artesanos ya comparten las fórmulas y métodos para revolucionar el mundo, de suerte que el oficio metalúrgico promete generosas bondades para la vida en el imperio en el futuro cercano. Vasos, platos, cuchillos de ceremonia y de oficio, de ataque, es decir, armas, aretes pesados y bellamente decorados (que pronto se pondrán de moda entre los nobles), figurillas varias para representar infinidad de cosas, tocados ceremoniales, cascos de batalla, hachas para obtener madera, una punta apropiada para el instrumento favorito de los labradores de campos: la chaquitacla, o el arado de pie, collares, muebles, todo, por todos lados: ahora hecho de metal. Una nueva era se inicia con esto. La dureza, durabilidad, resplandor que tienen los objetos de todos los metales es muy superior a la tecnología lítica, pero ésta nunca será olvidada, sino que siempre perfeccionada, precisamente, con las herramientas adecuadas, especialmente en lo que toca en la arquitectura.

Antes, las armas de madera podían ser amortiguadas por el cuero. Ahora, el arsenal de metal de todos los tipos, y de ellos, especialmente el que brilla como Inti, obtienen un poder sin igual. Un golpe contundente con cualquier cachiporra de metal es varias veces más letal que un ataque con armas de madera. La industria de la orfebrería ha sido siempre una vocación (quizás en otro tiempo olvidada) por trabajar los minerales de modo destacadamente singular. En su aplicación al trabajo y al ataque, obrará una revolución en las formas de vida de los hijos solares.

El hijo del Sapa Inca ha sido aplaudido por su sagacidad para someter a los Mochica, sin debilitar más sus ajetreadas huestes. El cauce del río ha regresado a su flujo original y los brujos de Ai Apaec han visto sus creencias conservadas, siempre y cuando guarden el

respeto por los nuevos dioses, sobre todo, considerando al Dios Sol y su hijo el Inca como sus primeras deidades, restando luego el culto libre a las creencias locales.

Urpi y su padre tienen más trabajo que nunca, ya que el tambo congrega a más personas que jamás se haya visto por la zona, y en especial, a los chasquis de tierras lejanas, que traen bienes exclusivos para el mimado soberano. El Inca agraciado comparte sus riquezas con los suyos y demuestra su impaciencia por aquel quipu del norte, que decidirá sus próximos pasos.

Los mineros junto a Killari, la coleccionista de piedras, se han unido al Mochica herrero para ayudar conjuntamente en la atención del atribulado tambo. El padre de Urpi se los agradece mucho y a cambio les hospeda y reserva las más puras de las chichas. Se vive una temporada muy agitada en el valle de Catequil, cuyo oráculo ha sido derrumbado.

El ejército se ha congregado y sus tropas refrescado nuevamente, pero los soldados no olvidan a sus hermanos caídos. Lamentan las consecuencias de la guerra y agradecen a su padre, porque saben que pudo ser peor la cuota de bajas. Todos discuten el papel fundamental que jugó la ventaja de los Mochica: sus armaduras flexibles. Son mejores que las de cuero y desde que reflejan el brillo del Dios Sol, significan un avance que deben adoptar con fines religiosos, tanto como bélicos.

Con el tiempo, la cooperación entre estos dos poderosos pueblos culminará en la producción de grandes aparatos para la guerra, tales como cascos de cobre, bronce y oro, pectorales protectivos de diversos estilos, cetros ceremoniales, narigueras suntuarias, y adornos de todo tipo, representando toda suerte de animales, dioses y creencias.

Pero este proceso no será uno sencillo y ahora, el hijo del Sapa Inca, espera sentado en su gran trono acolchado a que regrese ese chasqui, o mensajero, de las regiones del norte lejano. Han pasado ya doce días y se teme lo peor. Sin embargo, el tiempo no ha sido desaprovechado, debido a que, durante la larga espera, el Inca ha ido expandiendo por sus dominios las bondades de la metalurgia, de suerte que, desde su sitio en el valle de Catequil, encargó obras para difundir dichos conocimientos a lo largo de todos sus pueblos protegidos.

De mañana, con las primeras luces del Sol, llega un fatigado Chasqui que ha recorrido un camino muy descuidado. Viene del lejano reino de Quito, en donde un gran señor ha tenido contacto con el Inca, pero nunca de modo personal, sino salvo a través de

intermediarios diplomáticos. Hay tensión entre potenciales amigos, siempre y cuando no se sepa si sea cierto aquello de respetar dioses.

Un amauta muy especial ha llegado de muy lejos, cabalgando incansablemente desde el sur, y es convocado a interpretar el quipu. En casi todo momento, el Inca se comporta como un Dios, cuando habla, todos escuchan y la mayoría no le puede mirar a los ojos. Es el hijo del Sol, y ver de frente al Sol quema la vista, (y esto lo saben bien las vírgenes del Sol). Nadie le puede poner un dedo encima, ni acercarse más de los que sus recelosos hermanos guardias se lo permitan. Pero el amauta que ingresa al tambo, desmontando de una alpaca de combate le saluda de modo fraterno.

Con la voz propia de un soberano, el Inca dice invadido de felicidad: - “Hermanito Vichama, has venido hasta acá”. Vichama es muy viejo y su ayllu es del Hanan Pacha. El Inca es como de su sangre. Se estrechan los brazos y se sientan a comer, beber e intercambiar noticias.

El imperio está en desbalance, se abren frentes por todas las esquinas. Por el sur, Chuchi Cápac fortalece su rebelión e intenta contactar a unos guerreros conocidos como los feroces del río Maipo, los Selk'nams, Tehulches y muchos otros grandes pueblos antiguos, incluyendo a todos los que habitan en las islas de la gran Mamacocha, la Diosa de la laguna primordial.

Mientras el sur tiembla, el este florece de modo tan silvestre que el movimiento de su exuberante floresta abruma. Faltan manos para seguir cuidando los caminos ahí donde todo crece descontroladamente. El dominio del imperio hacia las tierras del gran río se conecta a un mundo enorme que el Inca no ha terminado de visitar, pero cada vez más, van llegando contactos de pueblos lejanos más antiguos y son muchos y muy diversos, de manera que la demanda se multiplica día a día, mientras el soberano se ocupa de los otros rincones. Por ahora existe crédito en la figura del hijo del Sol, siempre y cuando los habitantes de las nubes, o Chachapoyas, preserven aquella frágil alianza que tienen con los imperiales.

Hay tanto camino que hacer y mantener. El centro se encuentra cohesionado, ya que viven en paz los Nazca, los Ichmay, los de Caral, los Puella, los de Chavín de Huántar, los Wari, los Aymaraes, los hijos de Tiwu, los Chinchas, los de Cochabamba, los de Copiapo, los hijos de Wira, los de Pachacamac, entre muchos otros, y gracias a la sagacidad del soberano, ahora de los Mochica.

Cuando el viejo curaca Katari se pasea botando humo por el tambo escucha la conversación que mantiene el amauta Vichama y el hijo del Sapa Inca. El quipu, lastimosamente, no trae buenas noticias. Los Mochica derrotados que han ido expulsando hacia el norte, se han reagrupado hace bastante (desde antes de lo que se tenía noticia en Cuzco) y vienen fortificando una ciudadela impresionante que llaman Chan-Chan, el castillo inmortal. Los mejores artesanos se han congregado en ese sitio y sus guerreros entrenan sin descanso: ahora se hacen llamar como los Chimú y parece que no han demorado en hacer poderosos aliados.

El norte es rico en valles fértiles, y esto se traduce en abundantes rostros. A los nuevos señores de Chimú se les han unido los grandes señores de los valles de Sicán, Sipán, Virú, Quito y algunos otros. Esto representa una seria amenaza, ya que el imperio parece estar colapsando por los bordes, y su mayor preocupación, en el fondo, es la de unos demonios de los que los curacas no saben nada, salvo que son sombras del Uku Pacha.

Las noticias no sientan bien al sagrado hijo del Inca. Les dice a todos que desea conversar con el cóndor de la zona, es decir, con el que vuela por lo alto y todo lo vigila desde arriba. Así es como se les refiere a los líderes del ayllu de cada valle. Unos sirvientes le cargan y le llevan a cierto hogar sagrado, que funciona como un templo. Se detienen en la puerta del recinto lleno de ofrendas.

El cóndor está adentro. No se ha ido a ningún lado: ahí yace el viejo mallqui. El hijo del Sapa Inca entra, le saluda y se sienta, para tener una larga conversación. (En algún sentido, le recuerda a su propio padre, que vive en Cuzco, junto al resto de su panaca o familia) Desde afuera, sin embargo, nadie escucha nada, salvo la voz del soberano. Con paciencia esperan que los dos nobles terminen su conferencia. A cada cierto rato el Inca le exclama cosas, como si estuviera hablando sólo, ya que no se oye respuesta alguna, pero, de cualquier forma, ninguno de los presentes, con la excepción de Vichama, entienden el lenguaje que utilizan, ya que hablan una lengua sagrada reservada a la más alta nobleza de los Incas, que las mujeres preservan y enseñan a sus hijos.

El Inca pasa horas meditando con el cóndor y las conclusiones no llegan, pero los chasquis sí. Como si no hubiera suficientes malas noticias, de acuerdo al mensajero fatigado, el oráculo de Huántar ha caído y el Uku Pacha continúa desapareciendo gente. Los que han sobrevivido describen que las sombras a veces toman formas como de arañas y que

crepitan en las paredes de las fortalezas, como burlándose de unas defensas que para ellas son un juego.

¿Cómo decirle al hijo mismo del Sapa Inca, o gran señor de señores, que dos tercios de los oráculos del imperio, han sido derruidos, envueltos en sombras y convertidos ahora en escombros? ¿Quién le dará la noticia? ¿De qué modo habrán de decirlo, sin faltar a la verdad? El amauta se opaca, mientras que el curaca guarda silencio. El aprendiz de quipucamayoc (o especialista en quipus, aunque en este caso, aún no lo es) refiere que da igual quién dará la noticia: siempre y cuando exista un plan para contrarrestar esos ataques insólitos e indefendibles. El silencio impera, y desde la casa en donde ocurre la conferencia entre dos nobles señores, se empieza a percibir el movimiento.

Cuando el Inca sale renovado de su encuentro, su semblante es otro: la paz le ha llegado y tiene claro qué hacer. Sin tener idea de lo que el chasqui ha referido, se dirige a su corte y entona una voz solemne y muy optimista al mismo tiempo. – “He decidido mi rumbo. Empaquen las cosas, mañana partimos, ya sé a dónde debemos ir, el cóndor ha elevado mi mirada a donde pertenece”. El séquito de ayudantes se apresura a realizar los preparativos y no pierden tiempo en dejar todo listo. El amauta Vichama se atreve a preguntar el rumbo del gran hijo del Sapa Inca, ante lo cual, le responde: - “Por supuesto, debo ir al oráculo de Huántar para pedir consejo.”

11. La selva nublada

Yawar tose y se ve envuelto en una neblina extraña. No sabe dónde está, no sabe cómo llegó ahí, pero le duele todo el cuerpo. Se siente mareado y descompuesto. No tiene recuerdos, salvo los intraducibles chisporroteos que aparecen en su consciencia de modo desarticulado e inconexo, como si fuera el insumo de algún sueño. El hambre le atormenta y su ropa está rasgada, se siente bastante húmeda y no logra ubicar dónde está su lanza nueva. ¡Se la acababan de asignar!

A su alrededor hay selva, pero él está como elevado, en una suerte de meseta de muy improbable acceso peatonal. Hace frío y la conmoción en su organismo es profunda; lo único que recuerda es haber sido arrastrado por algo durante el ataque que sufrió su tropa en Sechín, cerca al oráculo de Chavín de Huántar. ¿Un viento? Eso fue, eso debe ser: una tormenta, con una fuerza magnética inexplicable. ¿Pero eso no lo hubiera achicharrado? Yawar se queda adolorido, pensando en estas cosas. Tiene el vago recuerdo de haber sido parte del encuentro entre las fuerzas de las sombras y las fuerzas de la tempestad, pero no sé explica cómo se habrá visto envuelto en una guerra que no es la suya.

Yawar no sabe cómo darle forma a esos pensamientos que no logra explicarse a sí mismo de modo claro, pero su divagación de ideas se interrumpe con un sonido de su barriga. ¿Cuándo fue la última vez que comió algo? No sabe decirlo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde esa noche? ¿Quién lo trajo aquí y por qué tiene la sensación de haber soñado con un gran pez atmosférico, que con sus garras le sujetaba mientras le alejaba de la escena, como queriendo protegerlo de una amenaza terrible? ¿No estaba confundiendo sus sueños, sus alucinaciones y las imágenes que había visto en el templo piramidal de Sechín?

Se mira a sí mismo y reconoce que todavía lleva el uniforme nuevo del ejército imperial, que Huántar le acababa de entregar apenas hace unas horas. No tiene nada más: se encuentra desarmado, y extraña mucho el abrigo de su manta ahora tan lejana. Para mantenerse cálido, camina, pero lo intenta sigilosamente, viendo a todos lados. Esto es confuso con la bulla de la selva, y a medida que se aproxima a los bordes de la meseta, va reconociendo un coro de aves, animales aulladores, flujos acuáticos y siseos amenazantes, todo un compuesto caótico y feral, que aturde sus sentidos. Yawar puede

percibir el peligro que acecha desde las frondosas hojas en el viento, que rozan de tan cerca entre sí, en aquella espesura interminable de abundante e interminable vegetación.

Había escuchado relatos de cómo es la selva, pero nunca había estado en ella. Ahora, inmerso en ella, se ve alterado con los agresivos estímulos que le rodean y que le impiden detenerse a pensar en cómo llegó ahí. No hay un camino y no sabe a dónde irá, pero el frío le empuja a marchar entre la neblina espesa. Muy lejos, a la vista, no se aprecia mucho, aunque se adivina una continuidad laberíntica de árboles. La vista al cielo está bloqueada por la abundancia de vegetación y la densa niebla, de suerte que lo poco que ve el confundido ciudadano sin familia es una floresta descomunal que impide el paso en todas las direcciones, salvo cuando un árbol masivo se interpone. Que hambre siente el soldado perdido, ya sus piernas empiezan a cansarse por caminar en un lugar diferente a su acostumbrado camino.

Los troncos que encuentra son enormes, como si el paso del tiempo hubiera sido inmedible, o bien, como si Yawar fuera un ser muy pequeño en un gran jardín, a la deriva y confundido por lo inexplicable de su destino. Luego de caminar con pesadez y entrar en el umbral del agotamiento, descubre algo tirado en la tierra: es como una piel, bastante grande, como si una gran serpiente hubiera visitado la zona hace mucho y hubiese dejado esta muestra de su colosal volumen. El estómago le cruje, no sabe si por hambre o por los nervios.

Mientras Yawar se aleja en el sentido contrario, piensa en qué tipo de culebra podría llegar a ser tan grande. Había oído historias sobre la anaconda, y sobre el Dios Kientibakori, gracias al amauta Vichama, pero nunca creyó estar tan de cerca de aquellos mitos. ¿Qué come una criatura tan grande?

Para cuando escucha un reptar tan fuerte que la tierra tiembla un poco, en lo alto de la meseta empinada, ya es demasiado tarde. Yawar ha sido rodeado y emboscado por una criatura salida del mundo del subsuelo, o al menos eso parece, ya que es aterradora, pero no está envuelta en sombras, sino en una reluciente piel color verde esmeralda. Dos ojos amarillos de casi tanto tamaño como los suyos observan interpelativos al pálido Yawar.

Sin demorar el juicio, la gran anaconda de la selva nublada se resuelve a atacar y embiste al golpeado, mareado y hambriento soldado que no pertenece a ningún ayllu. La cola del colosal ofidio golpea con fuerza la tierra y Yawar cae de bruces. Su cola es amarilla, y parece estar acorazada, ya que sus escamas se han secado mucho y a fuerza de martilleos

percutivos, se ha cohesionado en una maza uniforme de volumen contundente, el cual, ahora se aproxima a toda velocidad contra la cabeza del hambriento hijo del Sol.

12. Noticias de los amigos en Nazca

Como agradecimiento a su noble servicio, el hijo del Sapa Inca les ha conferido a Urpi, su padre, el Mochica herrero y a Killari con sus amigos mineros, el don de servir en un lugar más pacífico, para protegerlos de las turbulencias de la guerra local. Sus puestos han sido delegados a jóvenes que conocen algo del asunto y a ellos se les ha enviado al templo de Cahuachi, en el corazón del valle Nazca, hogar de los antiguos Paracas.

El hijo del Sapa Inca ha delegado enviar emisarios para negociar con los Chimú, con la esperanza de alcanzar una tregua mientras el Uku Pacha sigue destruyendo los oráculos. En vano se espera respuesta, pero al menos el intento se ha realizado, y mientras aguardan una réplica, el soberano no ha demorado sus actividades, sino que ahora parte hacia la selva, para encontrarse con sus aliados más importantes y coordinar las acciones para defender el último oráculo en Kuélap.

Al principio Urpi extraña su casa y se cansa de los caminos, pero la comodidad del recorrido le acompaña y junto a su grupo viajan al sur. El mundo del valle Nazca es muy especial. Los artesanos han aprendido tanto las magias de los Incas, tanto como las de los antiguos Paracas. Se cuenta que pueden operar el cráneo, dejando a las personas como nuevas, luego de la cirugía, arreglando males o curando heridas que hubieran sido mortales en cualquier otro valle.

Aunque en algunos sitios se trata de una tierra un poco arenosa, los Paracas habían diseñado un sistema que benefició a su pueblo, y luego a los Nazca y luego a los Incas; un sistema muy ingenioso de acueductos subterráneos que elaboran desde riberas, lagos o el océano mismo, y gracias a obras de ingeniería, luego conducen por largos recorridos el flujo y sentido del agua hacia lo que antes era desierto y tras esa terapia, la tierra con el tiempo abunda en frutos y la vida florece. Cada cierto número de pasos, colocan pozos en forma de espirales gigantes, de modo que las personas pueden bajar y recolectar agua, al mismo tiempo que se fertiliza toda la zona. Esto posibilita el cultivo en un terreno más bien inapropiado para el crecimiento natural, pero domesticado por sagaces mentalidades pragmáticas y analíticas.

Cuando Killari explore las minas, encontrará que hay pasajes subterráneos que conducen a núcleos ocultos bajo la tierra, en donde las familias de los Paracas entierran a sus

ancestros en momias muy bien atendidas. Estos lugares ocultos, de hecho, suelen ser incluso más grandes que los centros habitados por los vivos en este mundo. En caminos escondidos, se puede alcanzar, además, otro tipo de ciudadelas camufladas, pero los mineros no se aventuran tan profundo, ya que se suelen distraer con los ricos minerales que aparecen en el transcurso de la exploración.

El herrero Mochica de cachetes pintados con recuadros bicolors, llamado Oog, no demorará en mezclar sus conocimientos poderosos, con los saberes ancestrales del pueblo local, y llegará a crear estatuillas de aquel Dios Dragón con forma de pez con todo el material que sus amigos le proporcionen.

La chicha es bastante dulce, en este valle de Nazca y el calor se siente fuerte de día, y muy ausente de noche, por lo que no es infrecuente que las casas mejores amobladas se encuentren bajo tierra y cerca de la gran pirámide ceremonial de Cahuachi. Otros viven en las cuevas, en donde articulan complejos sistemas de caminos, especialmente, los ayllus más antiguos, que guardan relación directa con los antiguos Paracas, y finalmente, esos seres que tienen una cabellera inmensamente larga, junto a aquellas extrañas criaturas de cabeza muy alargada. Estos últimos viven en la intemperie en chozas a penas protegidas y de modo muy mecánico, las utilizan para dormir de día, ya que son entidades de la noche.

Uno de ellos, de nombre Pisco no ha podido evitar hacerse muy amigo del padre de Urpi; a él le ha confiado el secreto de su cráneo descomunal. Le ha mostrado como se ordenan los ayllus de las estrellas y al mismo tiempo, ha dibujado en el piso las constelaciones y astros principales: la chakana, el oso, el zorro, la llama, el pisco (o ave), el sapo, la serpiente y el yawar.

Mientras le explica con paciencia y calma sus ideas, el padre de Urpi asiente y se empieza a sentir fascinado. No va a tardar en descubrir, que, para contactar a los dioses, los Nazca gustan de dibujar ampliaciones de sus dibujos terrestres, de modo que el cóndor pueda degustarse, y así mismo, todas esas criaturas que “nadan en el aire”, para usar palabras del mismo Pisco.

Urpi ha servido siempre en la administración del tambo, pero hay algo que le ha maravillado de este nuevo mundo. Los textiles creados en este valle son maravillosos, llenos de figuras, colores y detalles minuciosos. La maestría de los tejedores Paracas y Nazca no tienen comparación: han revolucionado el mundo textil, al punto en que lo que

antes era un objeto de uso regular, como una manta, una alfombra o un toldo: ahora ellos lo han transformado en una concreta obra de arte, apreciable por sí misma por su valor estético, mucho más allá de su incuestionable funcionalidad.

La hija del posadero, Urpi, se ha maravillado en los pequeños títeres que hacen para los dedos, de modo que puedan contar historias a los niños, creando personajes muy detallados y repletos de labor especializada, realizada con mucha atención y dedicación. Ahora Urpi querrá dedicarse a ese oficio, y no habrá ningún problema en ello, pues es apto para todos el empezar siempre nuestros caminos de nuevo, una y otra vez, y nadie suele poner trabas, siempre y cuando los deseos aspiracionales no sean destructivos o enfermizos.

Al hacer juguetes para niños, ella piensa que algún día podría tener los suyos propios, pero quien sabe cuándo llegue ese día. Los jóvenes se casan, a veces por arreglo, otras por la voluntad de la pasión, pero siempre alrededor de la veintena de lunas puras, ya que así, los hombres y mujeres adquieren pronto sus responsabilidades que le articulan al ayllu, al ayni y al imperio del Sol.

Un día le habrá de preguntar a su padre sobre el tema, aunque él esté absorto en sus asuntos estelares y observaciones climatológicas. Le referirá, entonces, el padre a su hija, con algo de pesar, que su matrimonio ya ha sido designado, y es con alguien que ninguno conoce, un joven soldado del valle de Caral. Él no ha podido negarse, ya que un noble antiguo lo arregló así hace ya varias generaciones, de modo que, en este caso, era inevitable, y le animó a que lo podrían ir a conocer, una vez termine la guerra.

En paz, van pasando los días en el valle de Nazca, salvo para Urpi, quien habrá de alimentar la expectativa de conocer a su futuro ayllu. Su padre, va a conocer, gracias a Pisco, el secreto de muchas relaciones matemáticas entre el mundo de las estrellas, y el mundo de los andenes. Oog, como es natural, no puede dejar de acumular una gran fama como un excelente orfebre, y no demorará en solicitársele desde la capital en Cuzco.

Sin embargo, la más feliz de todo el grupo viajero que ha sido reubicado, no puede ser otra que la minera Killari. Su amigo ha sufrido un accidente en la mina, y su cráneo ha quedado casi destrozado, pero gracias a la sabiduría médica del valle, se le ha podido conservar la vida. Admirados por el desastre, pero más fascinados aún con el poder de curar, los mineros habrán de sentir un gran alivio por su amigo.

Desde su litera y a medio mundo de distancia, con mucha felicidad recibe el hijo del Sapa Inca las noticias de sus hermanos y hermanas del valle de Catequil, ahora reubicados en el valle de Nazca. Con igual optimismo, ha recibido de un chasqui la aceptación de la paz entre los Incas y los Chimú. Y con este buen humor se dispone a cruzar el río que le llevará a la gran fortaleza de Kuelap, hogar del pueblo de las nubes, o los Chachapoyas.

13. Sueños y humo

El cóndor es un ave muy antigua. Aunque se ha acostumbrado a vivir de desperdicios selectivos, no ha olvidado como cazar. Algunos amautas han señalado la antigua relación que tuvieron los pájaros con los reptiles, de modo que alguna vez fueron bastante parecidos, pero unos prefirieron arrastrarse por el mundo, mientras que los otros decidieron elevarse y volar por encima de él.

La magnitud de un cóndor, con sus alas extendidas, puede llegar a ser sorprendente. El tamaño de su cuerpo parado en dos garras puede crecer hasta alcanzar el volumen de un ser humano adulto, y sus alas llegan a expandirse de lado a lado, hasta tres metros y medio, es decir, que, si ponemos a personas con los brazos extendidos, una al lado de otra, pueden llegar a interponer tres o cuatro juntas para equiparar la distancia de un cóndor en toda la majestuosidad de su extensión.

Un cóndor vuela y recorre la alta selva. En una meseta empinada y de mucha altura, emana un olor que no le es esquivo: es el aroma de la muerte y la descomposición. En su sabiduría, el cóndor come sin matar, de modo que se aproxima a la escena, pero descubre algo sumamente inusual.

Una serpiente que no se mueve parece abrazar a una presa que no pudo digerir. Ahí donde tenía encerrada a su pobre víctima, ésta, en su desesperación, parece haberse defendido a mordidas, destruyendo con sus dientes la piel del reptil, hasta causarle una herida tan grande, que la ha desmantelado. Hay partes de la gran anaconda que faltan ¿A dónde se han ido esas partes? ¿Es que este muchacho loco se las ha comido?

Al parecer, y juzgando las evidencias, el joven soldado que ha luchado contra la colosal anaconda, efectivamente ha comido parte de la carne de la bestia, sin saber que es venenosa, y ahora se encuentra inconsciente, presa de agobiantes fiebres que van y vienen. El cóndor puede postergar su alimento, ahora sabe que debe llevarlo donde un viejo amigo, y así, el ave transporta a Yawar, el herido, hasta un pueblo cercano, en donde un anciano podrá curarle.

Usando pócimas y diversos humos, los días pasan y Yawar mejora. El brujo de la selva ha usado sus poderes para adivinar quién es su paciente, y de dónde ha venido, pues el

cóndor no ha sabido explicárselo. Con bastante cuidado, ha eliminado todas las toxinas de su organismo y está listo para despertar.

Pero Yawar sueña y sueña, una vez tras otra. Cuando cree que ha despertado de un sueño, se ve envuelto en otro. Sueña que mastica la carne de una serpiente gigante, y su hambre ha cesado para siempre. Luego duerme en las garras de un cóndor y sigue soñando. Sueña que es un árbol, que todos lo maltratan. Al despertar, se ve a sí mismo soñando que es una gran tortuga, que lentamente arrastra un mundo, y luego que él mismo, que antes fue Yawar, es una laguna. Sueña con Caral, y percibe que su mente, ha tenido parte en uno de los bloques de la sagrada pirámide, y que cada unidad, así, (de todas las entidades que componen el mundo), son habitables por el espíritu.

Cuando termina su fiebre, Yawar está en una cama, balbuceando nombres como Tlokn, Abnir y Kalpur. Se asusta al ver al anciano que le cuida, pero reconoce que es gracias a él que ha podido regresar al mundo. Pregunta si está en el imperio, o dónde, pero el anciano no habla.

Siente hambre y el perceptivo curandero ya le está preparando las cosas. Hace fuego con paciencia, pero con gran destreza. En breves momentos una flama calienta dos ollas colgadas encima de una hornacina, en donde un cálido fuego va recordándole a Yawar de sus intensas fiebres, y de pronto teme despertar otra vez.

El anciano le habla, pero no con su voz, ya que usan idiomas distintos, sino que, más bien, le habla como los antiguos se comunicaban: mediante la mente, los pensamientos y las emociones puras. Con el poder de su espíritu le dice que está a salvo y que ha tenido suerte de no ser una persona cualquiera. Yawar se queda frío del miedo, ya que nunca antes había sabido de esta forma de comunicarse, sin embargo, se repone e intenta pensar claramente.

Le indica que tiene hambre, pero se queda sorprendido al ver que el anciano ya está yendo a servirle una caliente sopa mágica. Sin saber bien qué decir, el soldado sin ayllu pregunta por su nombre, ante lo cual le vienen grandes ideas mezcladas, de las que puede rescatar dos visiones y un nombre: observa con su mente afiebrada que están en la selva profunda, y bastante al sur, y el nombre que desentierra de sus pensamientos es el de Guaraní.

Le dice muy sinceramente: - “Guaraní, hermano, gracias, mi vida está a salvo por tu caridad”. Pero no recibe respuesta, sino una mueca como de risa. Luego, las imágenes de

una serpiente siendo masticada por él mismo vienen a su mente: no son proyecciones, no son visualizaciones, no es imaginación; Lo de Yawar es un recuerdo. Su apetito se desvanece al instante, y siente que ya no tiene hambre nunca más. El anciano le entrega su caliente plato de comida y le ofrece una variada gama de pensamientos, de las cuáles Yawar comprende que él sí tiene ayllu, y es el mismo ayllu que el de los dioses del Hanan Pacha.

14. El Dios Hongo

El amauta Vichama relata algunos mitos durante el ceremonioso encuentro de los dos grandes señores. Mientras ofrece largos discursos, explica las ideas del mundo que comparten. De un lado, el noble señor de Kuelap, la fortaleza en las nubes, y del otro, el magnífico hijo del Sapa Inca, quien viene a proteger el oráculo; juntos escuchan atentos, en frente de una mesa muy bien servida.

Los brebajes corren de lado a lado y las sonrisas están dibujadas en lo más jóvenes, pero completamente ausentes en los más viejos. Con recelo, unos se miran a otros, confundidos con los designios que la naturaleza tiene para cada uno. Los habitantes de las nubes, o Chachapoyas aplauden el discurso del amauta Vichama, y ceden el paso a su orador.

El sujeto que toma la palabra tiene apenas un taparrabo y se sacude como un mono eufórico, contorsionando su figura de modos que desafían el mecanismo natural de lo humano. Endiablado, el sujeto emite sonidos que vibran muy profundo, como una suerte de cántico y, cuando se detiene, enciende una gran pira de tabaco y esparce el humo por el recinto. Invita a fumar al hijo del Sapa Inca y al protector de Kuelap.

En una lengua hermana al quechua, el sujeto se dirige al soberano y a su corte. Les relata cómo el mundo se creó de una gran sopa y que en el caldero se acumularon organismos sueltos hasta que se unieron replicando el modelo del Tawa Inti Suyu. Así, los hongos, fueron unos de los organismos fundamentales que aparecieron sobre la faz de nuestro mundo, gobernándose del modo más justo.

De los hongos primordiales, brotaron otros seres, pero que eran producto de su pensamiento y necesidad, así, los árboles, peces, insectos, animales, aves y reptiles quedaron manifestados a la exposición de la existencia, gracias a estos hongos primigenios. El ser humano apareció ahí, mucho después, para servir a la naturaleza. Cuando dijo esto, algunos en la corte imperial se incomodaron, puesto que era una sabida cuestión en disputa, pero los ánimos se calmaron rápidamente: Nadie estaba para controversias teológicas.

El orador prosiguió; De acuerdo a sus ideas, los hongos y las plantas son los abuelos. Nuestros hermanos son los animales; no somos otra cosa. El tabaco que salía de sus bocanadas inundaban todo el recinto de la gran fortaleza y el orador explicaba que los

espíritus invisibles habían sido atraídos por los humos primordiales, y que sus poderes curadores habían sido enseñados a los chamanes que practicaban el arte de la aspiración y exhalación de humos.

El tabaco mismo, se afirmaba, era un descendiente de otras sustancias, dentro de las cuales, algunas eran divinas. Todo esto había sido enseñado por “aquellos que son lo más elevado”, o Maninkaris, y que son llamados, de la misma manera como “nuestros amigos” o Ashaninkas. Este pueblo, amigo del pueblo de las nubes, había compartido sus visiones con ellos, y así, hoy en día, las sombras danzantes visitan a todo aquél que produce humo dulce en esta región tan culturalmente rica y diversa que es la selva del imperio incaico; no en vano, el Sapa Inca alguna vez dijo: - “mi jardín favorito”.

El hombre que daba el discurso hablaba de la gran serpiente, como metáfora de la madre tierra, y planteaba que la yuca había sido creada por la Luna, para alimentar al pueblo, y frente a esto, los imperiales se sorprendieron, porque ellos además conocían el camote y absurdas variedades de papas y granos. Pero estas diferencias eran comunes en los encuentros diplomáticos; no por ello, dejaban de producir elevaciones de cejas.

Cuando ambos bandos hubieron puesto sus creencias en sabiendas del otro, los grandes señores conversaron. Lo hicieron como amigos, pero con cautela, ya que detrás de ambos se postraban los intereses de grandiosos pueblos ancestrales. Los imperiales del Cuzco gustaban de respetar las creencias, pero los pueblos libres de la selva tenían pensamientos que muchas veces conflictuaban con las ideas establecidas del imperio actual; y esto no era extraño, ya que ambas culturas provenían de mundo bastante distintos, y haría falta muchísima paciencia para desenredar los problemas tanto del lenguaje, como de la realidad misma, para poder armonizar ambas perspectivas tan únicas e incomparables entre sí.

Sin embargo, este escenario ideal no se cumpliría en el encuentro, y más bien, por el contrario, al término de la jornada, ambos bandos se irían algo ofuscados, por no haber podido encontrar equilibrio entre sus perspectivas y deseos. El divino hijo del Sapa Inca había señalado con verdad que una sombra acechaba a los oráculos, pero los de la selva no lo habían creído, refiriendo que cuando el sol aparece, la sombra es más pronunciada del otro lado de la cordillera, pero que ahí estaban bien, y el Uku Pacha no llegaría tan lejos.

El soberano protector quería darles a entender que quería proteger los dominios del imperio, pero los de Kuelap, que congregaba una extensa representación de señores de tierras muy lejanas que venían en nombre de centenas de pueblos, habían reparado en que estas zonas estaban bien gobernadas y no necesitaban un Inca que les proteja. Aunque las intenciones eran buenas, algo de tensión había germinado en la conferencia.

Había algo en lo que estaban de acuerdo: el oráculo de los dioses había sido ubicado ahí, para ser compartido y protegido por los hijos de los dioses. Respecto a qué dioses eran estos, o cuáles eran sus nombres, su número, sus naturalezas o sus representaciones, había, y habrá siempre, una controversia sumamente amplia y acalorada. Lo concreto era otra cosa: que no había acuerdo y en eso estaban medianamente conformes ambas partes.

15. Camino a Cuzco

¿Cuándo fue la última vez que comió en abundancia y con ganas? Yawar no lo recuerda. Desde hace semanas camina sin descanso hasta encontrar un camino, pero el imperio no está presente en este lugar tan lejano todavía. Se alimenta de semillas y ocasionales frutos, pero su recuerdo de haber masticado a una serpiente le quita el hambre de inmediato. Apenas mastica una flor, de vez en cuando, más por la costumbre, que por necesidad.

Sus ropajes se han deshecho y lo que era un uniforme nuevo y limpio, ahora no es más que un harapo salvaje. Como un homínido perdido recorre la floresta el solitario Yawar. Recuerda el pasado, pero apenas empieza a tener en los pensamientos a cierta muchacha de piel canela, luego sus visiones de disipan en la espesura del océano de verdes vegetaciones. Se choca con un muro: con sus pies en el piso de una selva salvaje. Su mente le arrastra a un sitio que su cuerpo no reconoce en sus alrededores.

Al llegar a un pueblo se siente perdido y nadie habla su idioma, por lo que se mantiene cauteloso y procura no levantar sospechas. Cruza por una choza que tiene un hacha bastante bonita y la anhela: pero recuerda su código: no robarás, no mentirás, no serás haragán, y sin mayor estímulo, prosigue la ruta que el anciano telepático le indicó. – “Ah... viejo Guaraní”, piensa, - “Como no le pedí que me diera una manta para el frío”.

Siguiendo una estrella, cuyo nombre desconoce, pero cuyo color le atrae, Yawar camina de noche y descansa de día, armado sólo con un bastón que no ha terminado de afilar. Recuerda la misión que le otorgó su curandero: le indicó entre visiones y pensamientos que debía seguir el camino de la estrella roja, para alcanzar una gran ciudad, en donde encontraría a su abuelo, cuyo nombre le sonaba a Yawar, pero que ahora no tenía presente quién podría ser: le había dicho: - “Tu eres nieto del mismo Sapa Inca, debes ir a conocer a tu abuelo en su casa”.

Yawar no había tenido familia, ni ayllu, hasta ahora, y se emocionaba de pensar que habría un lugar en donde lo podría encontrar, de suerte que con esta idea encima, caminaba sin descanso, intentando no entrar en conflicto con nadie. Y esto había probado ser bastante dificultoso, ya que, en una ocasión, una turba de guerreros había pasado por un pueblo con el cuerpo descuartizado de un soldado incaico, de modo que Yawar se

sintió agradecido de haber perdido el uniforme imperial. Del mismo modo debía ocultar su lengua, para lo cual ya había entrenado lo suficiente; era un maestro en no hablar.

Algo más que lenguaje particular existe, entre pueblo y pueblo del mundo. Detrás de cada idioma, existe una estructura del pensamiento. El quechua, para crear palabras, procede de un modo aglutinante, pero otros idiomas ofrecen razones distintas, variadas y diversas. En los pueblos más antiguos, existe cierto tipo de comunicación que va más allá de la palabra, y que se manifiesta en tres niveles. Yawar va a descubrir esto por la fuerza.

En sus andares, no dejará de encontrar obeliscos muy grandes y tallados con figuras, o bien, estelas grandes con una mezcla de diseños, pero a la vez, con un lenguaje implícito que trasciende la multiplicidad de palabras: Yawar percibe representaciones rupestres, pictográficas o surcadas en la dura piedra: imágenes que tienen distinto nivel de significado.

Por ejemplo, en un pueblo seco y elevado cuyo nombre desconoce, encontró la figura de un puma, o un jaguar y sus dientes estaban muy afilados, luego encontró una serpiente mirando hacia una figura humanoide, simplificada con recursos geométricos. Estas figuras, escenas y referencias a elementos conocidos en el mundo natural le decían cosas, pero no terminaba de comprender.

En un primer momento inicial, las figuras representan lo que indican: un animal, una acción simple, una relación. Cuando los que mastican palabras le otorgan un sentido más elevado, luego, el animal adquiere las características que sus mitos le imprimen al imaginario que comparten entre los miembros de su sociedad. Este es un segundo momento del significado, el de símbolo o metáfora. Finalmente, cuando ayllu con ayllu va teniendo redes de significado, luego pueden llegar a compartirlo con otras redes de significados de pueblos distintos y lejanos, por lo que resulta en un tercer momento del símbolo: una comunidad más allá de la percibida, que comparte el uso de un símbolo y a veces ofrece un matiz o enriquecimiento a la figura. Curiosamente, este saber fundamental, simple, no atenido a los artificios, primitivo y rupestre, parece ser directo y eficaz, ya que, los que se detienen a observar y pensar, no tardan en comprender la idea.

La contemplación de Yawar de un obelisco alto se interrumpe. A lo lejos escucha una palabra conocida. Es el aymara, que hablaba uno de sus amigos de hace tanto tiempo, Pajarito. El asombrado soldado perdido se aproxima con cautela y descubre a una mujer con un saco de frijoles, que va sacando, examinando y acomodando.

Del otro lado, ante su manto expuesto al piso, hay una serie de personas interesadas en recibir algún mensaje. Parecen militares, a juzgar por las armas, pero no portan el uniforme imperial. Usan colores distintos, y, sin embargo, de lejos parecen hijos del Sol. Unos hablan en quechua, otros en aymara, y juntos buscan pedirle a la mujer que se apresure.

Yawar no entiende bien qué sucede, y se sienta a observar. La mujer mira con detenimiento cada uno de los frijoles. Ahora que puede fijarse mejor, descubre el soldado perdido que los frijoles tienen como inscripciones muy pequeñas, o señas raras inscritas, que les diferencian de un frijol a otro. Pero hay algo más que la mujer toma en cuenta: que tan antigua es la semilla.

A las que son muy antiguas, las pone al final, y las más recientes, las acomoda por el principio, hasta que, por fin, tiene sobre su manto una serie de frijoles ordenados con símbolos en cada una de las piezas. Yawar ha escuchado del amauta Vichama algo similar, los Mochica acostumbran utilizar ese método para enviar mensajes en su lenguaje oscuro, y probablemente, ésta práctica sea la que el soldado perdido presencia. Sílabas a sílabas, la mujer declama un mensaje para los atentos señores que tiene enfrente. Es un mensaje en quechua y dirigido “al rebelde Chuchi Capac”, en nombre del “hijo del Sapa Inca”. El mensaje es simple: “El imperio castiga a los rebeldes con la muerte”.

Yawar despierta en sus recuerdos y vuelve a los caminos, con sus amigos, con el amauta, para así, volver a escuchar esas palabras que se le iban quedando grabadas en aquel entonces. Les contaba el viejo Vichama que unos usaban esta escritura en frijoles, mientras que en Cuzco se usaban cuadrados con figuras para representar números, y así, los Quipus podían verse contrapuestos a ciertas tablas, de donde resultaba que la información de números y palabras, podían articularse en un mismo sistema, en donde los entrenados en codificar y decodificar eran los quipucamayocs, o, los especialistas en quipus, llegando a contabilizar cada aspecto de la administración del estado incaico.

Otros pueblos más antiguos habían utilizado piedras pintadas, en lugar de frijoles, pero enviar un mensaje muy largo se hacía pesado para el chasqui. Incluso, un pueblo perdido había querido inventar un símbolo para cada sonido, pero la mayoría de pueblos se opuso, debido a que ese esfuerzo convertiría en algo demasiado particular, cada idioma de cada región, prefiriendo entonces, las representaciones simples y arquetípicas.

Los Incas, mezclando todos estos saberes, a veces manifestaba un lenguaje semi-geométrico, a la hora de adornar sus textiles. Tal es el caso de las yicyas, o aquellos telares que cuentan historias, hablan de características geográficas, o con colores, asocian ideas que son conocidas por los que las usan. No todos pueden descifrar dicho lenguaje escondido, pero existe.

La mujer, luego de dar el mensaje, guarda los frijoles, y levanta su manta, de modo que Yawar descubre que aquella tela que usa es una de esas yicyas del que el amauta Vichama hablaba, llena de figuras, colores y una historia que él mismo no sabe interpretar. Con la manta, la madre hace algo que nunca antes había comprendido sino hasta ahora, y quizás por evitarlo inconscientemente, ya que él nunca tuvo tal suerte: La mujer envuelve a su hijo en su yicya y se la pone en la espalda, llevándoselo a otro sitio, en donde lavará los frijoles para un nuevo mensaje.

Esto sorprende a Yawar, debido a que reflexiona sobre la relación del involucramiento del hijo sobre un trasfondo cultural que puede ser leído por quienes conocen su interpretación posible; es como si para cualquiera fuera visible el origen, las características del ayllu y los sucesos de cada familia, gracias al uso de este manto que se va cambiando año a año. Es como una suerte de identidad del ayllu, traducido a un lenguaje secreto y semi geométrico.

El soldado perdido nunca ha sido envuelto en esta manta, y la suya era una vacía, no una yicya: era como un frijol lavado, sin mensaje, como una pared de piedra sin labrar, o más bien, como un sueño sin historia: puro vacío. Pensando en estas cosas, Yawar continúa su camino. Sin manta, sin yicya, sin uniforme, sin entender los profundos significados ocultos de las pintas primordiales, y aunque no tiene comida, lo cierto es que tampoco padece de hambre.

16 La bestia Allqu y el vestido de metal

La vida en el valle de Nazca es agradable, pero los días tranquilos han hecho crecer en Killari y sus compañeros, el afán por la aventura. Urpi no ha dejado hablar de lo que cuentan del valle de Caral, (que ellos ya usaban los quipus antes de los Incas y cosas por el estilo), mientras que Oog ha sido invitado al Cuzco y pronto tendrá que despedirse de quienes se han convertido en sus grandes amigos.

Mientras la noche va llegando, el padre de Urpi se prepara para observar el movimiento de ciertas constelaciones, puesto que ha dicho, que podría ocurrir un evento importante, al menos, en el orden del mundo de las estrellas. Con esta predicción, la mayoría se asombra, pero la conversación es interrumpida de modo súbito.

Gritos y sollozos pueden escucharse desde la calle, en donde una mujer llama con insistencia a algún soldado. Killari, Urpi y Oog acuden a la mujer, al mismo tiempo que un guerrero del imperio, preocupados por el disturbio. La anciana mujer se lamenta en desgarradoras quejas: - “Lo ha matado el monstruo, ¡maldita bestia!” Aunque cuesta bastante calmarla, entre todos logran que explique lo ocurrido.

La pobre mujer relata que hace unos días sus hijos vigilaban a las llamas, cuando se acercaron mucho a una cueva, de donde salió una criatura atroz, que hizo pedazos a uno, mientras que el otro huyó. Cuando un hermano mayor supo del fatal suceso, decidió tomar justicia con sus manos y encaró a la bestia, sólo para encontrar un destino igual. El padre destrozado, fue a enfrentar a la terrible criatura, sólo para ser una víctima más de su crueldad. La madre de corazón aplastado teme ahora que el pequeño hijo que le queda vaya a caer en la misma trampa mortal, y ha viajado mucho para pedir ayuda.

El soldado no sabe qué hacer, pero Killari se siente movida por una decisión que le brota de modo natural y sin pensarlo, se ofrece a ayudarla, si es que ello traerá consuelo a la madre de corazón quebrado. Oog, le pregunta por la naturaleza de la bestia a la suplicante, y sólo le refiere que se llama Allqu.

Urpi ha escuchado historias de tal criatura antes. Se trata de una bestia de cuatro patas que tiene mucha fuerza para morder. Sus piernas fuertes le hacen correr muy rápido y de este modo embiste a sus víctimas desde lo alto de su guarida, atropellando a sus visitantes,

y luego destrozando sus cuerpos con sus poderosas fauces que siempre están coloreadas de rojo.

Oog explica que tiene una idea y acuerdan todos ayudarlo a trabajar en un traje de metal que pueda defender a una persona de las mandíbulas del poderoso Allqu. En el valle de Nazca, existen minerales distintos, y los experimentos del Mochica de cachetes pintados han producido una nueva aleación, que pronto se probará en la práctica.

Urpi quiere ser la que encare a la bestia, pero su padre se niega y se lo prohíbe, de modo que la siguiente persona en querer probarse aquel vestido de metal, no es otra que Killari, la minera aventurera. Ella siente una conexión especial por el mineral que ella misma ha buscado con tanta dedicación, durante largas jornadas en la oscuridad. Tomando sus medidas, Oog hace unos cálculos y empieza por hacer los moldes de su innovador vestido para la guerra.

Tras un tiempo de arduo trabajo muy dedicado, el herrero ha actuado, enseñando sus artes a los locales, creando en el proceso que demuestra su nueva técnica, una serie de piezas maravillosas que guarda con mucho recelo en una gran canasta. Sólo Killari ha visto el resultado final y desde entonces sus ojos parecen haber sido infundidos con un fuego más poderoso que el de la forja que permitió la fundición de tal amalgama laminada de minerales.

El día conclusivo llega: una comitiva se dirige a la gran cueva de la bestia feroz, y con ellos, un chasqui les acompaña para llevar la noticia fresca al tambo de Nazca. En el grupo viajan el hijo pequeño de la madre descorazonada, Oog el herrero, Urpi y la valiente Killari. Juntos van a enfrentar a esa bestia terrible de fauces poderosas.

El entristecido niño habla sobre el verdugo de sus amados seres: - “Quizás sólo tiene hambre”. El grupo se detiene frente a una gran rampa, que se inclina hacia una gran montaña, en donde una cueva muy oscura resalta desde lo lejos. Oog con voz autoritaria toma del brazo al pequeño y le dice muy severo: - “Muchacho, tú te quedas conmigo y no haces nada: ¿oíste bien?”.

Oog emplaza la pesada canasta en el piso y las placas de metal resuenan en un cascabeleo que se va a convertir en el futuro, en una música natural en los ejércitos del imperio. Con paciencia, Urpi y el Mochica van poniendo capas de metal encima de un vestido de alambres que anuncia su figura, una vez puesta en la determinada Killari. Luego

acomodan las placas en cada segmento y el resultado es una coraza de cuerpo entero que defiende la integridad de la querida minera valiente.

Al cabo de unos minutos, el Allqu sale a la puerta de su cueva y huele desde lejos a los visitantes. – “Que rico, comida”, piensa, sin saber que se enfrenta al inicio de la edad de los metales. Desde su cueva espera el momento preciso, pero su presa parece ir lento, valle abajo.

El Allqu puede percibir de un modo distinto y su olfato es lo que le guía de modo más preciso. A lo lejos empieza a galopar para acercarse, pero sin bajar todavía por la rampa. No huele muy bien, pero reconoce la sangre. Sus afilados dientes se enjugan con el deseo de probar aquella fruta dulce, que a veces cae de los caminos, trabajadores perdidos, o incautos, que visitan su territorio, sin saber que él, el poderoso Allqu, vigila la zona y devora todo lo que puede.

Al fin, reconoce la carne de una humana, que tiene cierto resplandor. Da un trote, pero su decisión va cobrando fuerza a medida que desciende al ataque, infundido de rabia y hambre, a la carga de su presa, quien le espera con una pequeña pared de madera con una placa delgada de metal. Desconociendo esto, la bestia feroz se abalanza contra su protegida presa y le espera una lanza que le roza el corazón.

Al encontrarse la velocidad del Allqu con la resolución de Killari, se escucha un tremendo impacto que levanta el polvo del piso y el grupo de Oog se asusta. La minera ha salido volando, pero ha aguantado el embate, clavando un poco su lanza en la piel del fiero Allqu.

El Allqu feroz está confundido, pero su mentalidad ha ingresado en un frenesí, llevando al extremo sus capacidades instintivas, movido por un afán natural de supervivencia salvaje. Él sólo quiere alimentarse de aquello que se ha acostumbrado comer. Para el cuadrúpedo, el rasguño de la lanza no es nada y es hora de comer.

De un salto muerde la mano en donde la humana porta su arma. Le clava los dientes de modo muy profundo y prepara su nuca para dar grandes sacudidas, una vez las mandíbulas prensen la extremidad de su presa. Pero ocurre algo raro. No puede sujetar la piel de aquella persona que tiene un aroma delicioso, mezcla de miedo y valentía.

Killari siente un dolor fuerte en el brazo, pero se calma cuando ve que la estructura del diseño de Oog se ha acomodado, de suerte que la mordida del bestial Allqu no ha hecho

sino asegurar mejor la silueta de la armadura. Algo confundido, pero sin retroceder, el monstruo de largo hocico le extiende una segunda mordida a la pierna, pero la humana se limita a caer al piso y no logra encontrar acceso a su carne. El Allqu se pone en dos patas, erigiéndose como una voluminosa figura muy por encima de Killari, y le empotra encima las dos patas delanteras, seguidas de su gran hocico abierto.

Al caer al piso, la enlatada guerrera, Oog se preocupa y Urpi exclama que necesita ayuda, pero es contenida por el Mochica, quien en su otro brazo retiene al asustado hijo de la mujer de corazón fragmentado. El Allqu no ataca a su objetivo, pero la rodea, oliéndola de nuevo, como reconociendo su verdadera naturaleza. Se convence: es humana, y desea su carne. De este modo, se abalanza al ataque de su pasiva y paciente presa.

Yawar, el hijo del Sol recorre con gusto el camino imperial de nuevo: por fin lo ha encontrado. Que distinto, que ligero se siente ahora. Luego de caminar tanto en la selva silvestre, se siente más fuerte. Se ofrece como chasqui, y empieza a correr de pueblo a pueblo, llevando mensajes, pero siempre subiendo, hacia lo profundo de la gran cordillera, en donde dicen que existe el ombligo del mundo.

Hay caras que ve, historias que conoce, y músicas que escucha. Pero todas les suenan un poco siempre a lo mismo. Mientras descansa en un tambo cercano al gran Lago Titicaca, Yawar recibe su encargo nuevo y le asignan su destino: - “Esto debe llegar al Cuzco, sin demora”.

Cuanto entusiasmo invade a Yawar, de por fin alcanzar aquello que según le dijeron, es dominio de su propio ayllu. “Conoce a tu abuelito el Sapa Inca” había dicho el brujo Guaraní. Dicen que tiene grandes fortalezas, templos y calles llenas de vida, flores, alegría y músicas que alargan la vida y endulzan hasta los tiempos más oscuros.

Del amauta Vichama había aprendido que desconfiar era bueno, a veces, y que, eso que se decía, podría bien ser una exageración, pero, de todas formas, se decía con más convicción que con otra cosa, de modo que algo de cierto habría de tener. Estaba feliz de servir de chasqui, además, había mostrado ser uno muy bueno, extremadamente veloz y capaz de no descansar, sin comer, sin dormir, con tal de cumplir con su encargo.

El mensajero Yawar ahora camina con cierto bienestar hacia el camino que piensa recorrer sin parar hasta donde le sea posible. Pero algo que no estaba en sus cálculos sucede: se cruza en la calle a una agricultora que le resulta parecida. Tiene piel canela y cachetes algo redondos: la reconoce al instante.

Le saluda y ella se sorprende tanto como él, ya que también le reconoce y se abrazan en un saludo típico del valle de Caral. Que locuras, las del destino de poner encuentros que uno nunca espera en el lugar que uno menos espera, y de pronto, lo que alguna vez fue objeto de ensoñaciones confusas, ahora es una realidad ahí, presente, que aparece salvaje, en el mundo de los sentidos y las guerras, de modo completamente accidental e inesperado. Yawar siente fuegos y tormentas en su interior. ¿Es eso amor? ¿Es un vano

intento por rescatar lo idealizado de un pasado idílico? Yawar y Canela no se lo preguntan: ellos se miran entre sonrisas.

Ella le pone al tanto de lo último que se sabe de la guerra con el Uku Pacha. Kuelap ha caído, y con la fortaleza inexpugnable, el último de los oráculos se encuentra ahora en el recuerdo y aunque fuera reconstruido, los espíritus que protegían las huacas, les han abandonado.

Ella lo dice preocupada, ya que entiende la importancia que tiene para la vida del imperio, en los tambos del sur ha podido conocer historias del mundo del subsuelo. Unos dicen que está lleno de guerreros que alguna vez vivieron en este mundo. Otros refieren que lo que buscan no es atacarnos, sino protegernos de una amenaza peor, pero no existe nada cierto en sentido absoluto, tan sólo rumores, opiniones y especulaciones, más o menos informadas.

Se cuenta que un brujo del reino rebelde de Chimú ha pronosticado una tempestad como ninguna y que pronto la plaga se expandirá por todo el imperio, para extinguir así ese mundo de caminos, de reciprocidad y de tolerancia religiosa. Los chasquis recorren más que nunca la red de caminos, y los soldados no dejan de ser requeridos con mayor frecuencia.

Ahora que no hay oráculos, los curacas están un poco a oscuras, a la deriva y ordenándose de acuerdo a su instinto. Se cuenta que un pueblo entero ha abandonado ya su templo piramidal y se dirige hacia un lugar en la selva que estima más protegido, así como ellos, muchos se exilian en la oculta tierra de la infinita vegetación.

Yawar se enterar de aquellas y otras cosas. Se maravilla de cuánto tiempo ha pasado. Ahora que puede hablar con mayor claridad, encuentra dificultad para plantear su pregunta ante Canela. Él quiere saber por qué nunca tuvo ayllu, y ella sí. Jamás encontró explicación para esa diferencia y la respuesta habrá de romperle el corazón y plantearle un conflicto muy severo a la identidad que había ido desarrollando y descubriendo para sí. – “Tu familia, Yawitar, murieron todos combatiendo a los Incas. Muy pocas familias se opusieron a la sucesión pacífica de poder, pero tu madre y tu padre no querían ser parte del imperio. A los dos se les ahorcó por rebeldes. Esto es lo que me contó mi hermano mayor.”

18 Allqu el fiel amigo

Killari ha soportado todo este tiempo las mordidas de una bestia, pero su vestido de metal le ha cubierto cada ángulo posible, de modo que ha negado todo tipo de daño. Mientras ella espera ansiosa, su sangre Chanka hierve y espera con paciencia que la bestia termine de limar sus dientes.

Allqu el feroz se encuentra cansado de tanto morder un latón fijamente sujeto al cuerpo de su presa. Se lamenta y da vueltas, en un estado de confusión que se mezcla con el agotamiento. Le cuesta pensar claramente y empieza a desistir del combate. Fatigado y con las mandíbulas heridas, el temible Allqu se desploma al piso y rendido, jadea frenéticamente cerca de su inmóvil presa.

La minera chanka no carece de fortaleza, pero recibir el ataque continuo de una bestia tan salvaje como el Allqu, la ha entumecido, de manera que le cuesta ponerse de pie con toda la armadura ahora pegada y moldeada a su cuerpo. Con gran dificultad, logra ponerse de pie, pero en ese mismo momento, Killari contempla cómo su enemigo depone su descanso y cesa la respiración agitada, para cambiarse hacia una estancia expectante en sus cuatro patas.

Luchan de modo fiero en el valle bajo, mientras desde la altura opuesta, observan Urpi, Oog y el niño que es hijo de la madre cuyo corazón fue devastado. Desde la impaciente elevación, los amigos son testigos de una aguerrida batalla entre dos poderosos seres que alternan los empujones con los golpes de todo tipo, y aunque ambos se sienten agotados, no dejan de revolcarse en la tierra que se va manchando lentamente de un tinte rojo.

El poderoso Allqu es derrotado gracias al poder del espíritu de Killari, quien ha usado su inteligencia para debilitar a su enemigo, y luego lo ha confrontado de un modo que sólo los chankas podrían haber logrado. Ella está herida, cansada, pero ha vencido. Mira a sus compañeros con la bestia sometida.

El grupo se acerca, confiado. El animal de gran tamaño está fatigado, herido, sin dientes afilados, pero, sobre todo, sin ánimos de pelear más. Oog contempla a la enorme bestia de cerca y se da cuenta con asombro que desde arriba parecía menor, pero ahora en frente suyo puede constatar que la hazaña de Killari no es poca cosa, y que aquellos mitos de los guerreros del valle de Apurímac no son exageración.

Urpi se siente invadida por una marea de emociones. Ha tenido mucho miedo de ver a su amiga luchar de modo tan brutal, en donde ha podido recibir golpes letales, y, sin embargo, se siente inspirada por su determinación para luchar, tanto como para su destreza para lograrlo. Otro asunto es lo que le hace sentir la criatura. Por un lado, le aterra intensamente, como es natural, y piensa que es una bestia que jamás querría tener por enemiga, pero, por otro lado, no deja de pensar en el monstruo como un animal más, que simplemente tenía hambre y logró alimentarse efectivamente de una presa que le era fácil. Este no fue el caso de Killari, quien le derrotó.

Oog felicita a Killari, y ella, escupiendo sangre al piso, le ruega que terminen de una vez con la bestia, para poderse quitar el vestido de metal, ya que le empieza a lastimar, pero grande es la sorpresa de ambos, cuando constatan que no la pueden desnudar. La armadura se ha bloqueado en la forma de su silueta, por la melladura de las poderosas mandíbulas del Allqu.

Por esto Urpi se preocupa. Oog se olvida de la bestia por un momento, para pensar en cómo resolver esto y Killari, como no puede ser de otro modo, empieza a ser invadida por el temor de no poder volverse a quitar el traje incómodo. – “¿Y el niño?” dicen todos a la misma vez, cuando se acuerdan que había venido con ellos.

El hijo de un hombre que quiso vengar a sus hijos, está sentado en frente de la bestia, y se miran con concentración. Oog les dice en voz baja que se dice en su pueblo que los niños tienen facilidad para hablar el idioma de los animales, y seguramente están dialogando. Urpi, que es más sensata, y sus pies se posan sobre la tierra, comprende del peligro inminente ante el cual han expuesto al menor. Killari ve ante sí misma, cómo todo su esfuerzo podría ser en vano.

Pero el niño no parece tener miedo. Extiende su brazo al Allqu y lo acaricia. Sin dejar de mirarlo. Le gruñe, y le lloriquea, como queriendo imitar sus sonidos. Se le acerca poniéndose muy de cerca suyo, y se agacha. En su hombro cuelga una bolsita con charqui y granos, que su madre ha asegurado de llenar. Le ofrece un poco y la criatura come de su mano, considerando seriamente cambiar sus hábitos alimenticios.

19 Conociendo al Abuelo

Yawar tiene una mezcla de sentimientos conflictivos respecto al imperio, pero no ha dejado de viajar al Cuzco. Canela le acompaña y es consciente del conflicto que le representa. Han hablado poco en los últimos días, pero ya se encuentran muy cerca a su destino. A la gran ciudad han llegado en una fecha importante; la celebración del solsticio solar, conocida como el *Inti Raymi*.

Las mujeres, niños y adultos caminan apresurados para ver una procesión desfilando a lo largo de las calles de la gran ciudad del Cuzco. Por las vías van alegremente señores nobles con grandes adornos, así como ciudadanos de todo tipo, obreros, artesanos, campesinos, todos celebrando de manera amistosa. Por puntos diversos de la gran ciudadela de Cuzco, se van desplegado los especialistas en quipus, con altos sombreros emplumados, y extendiendo cada uno un largo quipu entre brazo y brazo, recitando a todos: - “Hoy es el cumpleaños del Dios Sol, y estamos todos invitados a la celebración”, es lo que repiten por las calles, mientras los vasos de chicha no dejan de correr de brazo en brazo y el olor a comida fresca y deliciosa se percibe desde todos los puntos de la agitada ciudad.

Las estructuras son muy grandes, todas hechas de piedra, pero de un tamaño descomunal, habiendo sido encajadas de manera tan magistral, que Yawar no se explica cómo habrán logrado construir aquel maravilloso lugar. En las paredes altas de piedra, se alinean soldados, que tocan las piedras y les hablan, como si fueran viejas amigas. Otros estiran las piernas y se quejan de lo incómodo de sus nuevas armaduras de cuero con metal.

Canela y Yawar transitan a un lado, siendo testigos de algo que nunca antes habían visto en Caral ni en otro sitio distinto. Séquitos de personas cargan a grandes señoras nobles, que provienen de valles muy lejanos y han sido invitadas a las celebraciones. Ellas muestran hermosos collares y aretes de colores llamativos. Sus vestidos son muy bellos y desde sus sillas elevadas, son transportadas en andas por las calles.

Detrás de cada gran señora de valles lejanos y poderosos, hay una seguidilla multitudinaria de mujeres que les siguen, con túnicas que tapan la cabeza, pero despejan su rostro. Ellas caminan con platillos de arcilla, en donde portan las ofrendas que llevan, y así, todas juntas marchan para celebrar el día del Sol.

A cada cierto momento, un pututu suena bastante fuerte desde el centro de la ciudad, y anuncia la convocatoria. Desde la fortaleza del Sacsay-Humán ya viene todo un séquito de la nobleza y los mejores amautas, quipucamayocs, seres de la noche y demás que dejan sus puestos de labor para unirse a la festividad.

Canelita y Yawar contemplan todo este bizarro desfile, que no hubieran visto de haber llegado en otra ocasión. Luego de las mujeres que ofrendan cosas, pasan unas parecidas, pero con vestimenta de la selva, y luego de la costa norte, y luego de la sierra sur, y luego de la selva centro, y así, de los cuatro rincones del imperio.

Cuando la pareja sigue la procesión, llega a una planicie extensa, en donde mucha gente espera sentada, moviendo telas con forma de serpiente, de muchos colores, cantando y a veces bailando. Alrededor de ellas, y extendiéndose hasta bastante valle adentro, los guerreros van saltando alegremente en círculos. Balancean sus escudos y sus lanzas, con cánticos que recuerdan sus proezas y victorias.

En las gradas de los andenes que anteceden a la gran fortaleza o castillo de Sacsay-Huamán, se toman de la mano hombres y mujeres vestidos con muchos colores, sonriendo y olvidando los problemas, hasta que el mismísimo hijo del Inca aparece cargado por sus literistas, ante lo cual la concurrencia entera enmudece al unísono.

El hijo del Sapa Inca se planta en una plataforma desde donde se dirige a todos sus hijos, que le escuchan atentamente. El soberano divino saluda uno a uno los pueblos que han podido venir a celebrar. Cuando lo nombra, le extiende los brazos y dirige su mirada hacia ellos, ante lo cual, los del valle implicado se paran, extienden sus brazos a su padre y agachan la cabeza saludando, infatuados de honor y renombre, por haber sido pronunciados por el mismísimo hijo del Sol.

Pasan horas, antes que termine de saludar a todos los rincones ocultos que tan bien conoce. Al culminar, una multitud de miles se encuentran de pie, extendiendo los brazos al hijo del Sapa Inca. Yawar mira con Canela desde una esquina. Nadie de Caral ha sido llamado.

A continuación, el soberano presenta a su padre, y una escolta de élite traen al jefe de jefes. Al abuelo primordial. Al cóndor mayor, el mallqui de mallquis. Padre de todo ayllu, el Sapa Inca hace su entrada, aplaudido, adorado, como el Dios que es. Canela se ha puesto pálida y Yawar no entiende nada. La gente aclama por la más noble de las panacas.

Mientras el hijo del Sapa Inca termina de presentar a su padre, Yawar se formula muchas preguntas respecto de su abuelo. La que más sobresale a su juicio, se la genera de modo muy natural: se cuestiona ¿por qué están todos aplaudiendo a una momia?

20 El Quipucamayoc invita a los interesados a resolver una disputa

Huántar ha fallado su misión y regresa hacia Cuzco. En el camino pasa por el tambo de Nazca. Ahí ha conocido a Urpi, Killari, Oog, Allqu y su amauta, el niño domador de monstruos. Al principio, la gente suele temer mucho al Allqu, pero pronto comprenden que ya no es feroz, sino un fiel protector y compañero.

En el tambo, el padre de Urpi ha recibido un mensaje. Al parecer, un quipucamayoc vendrá a conversar con él debido a un trato pendiente del pasado. Urpi mira a su padre, pensando que debe ser algo de la mita, pero no termina de comprender que se trata del arreglo de su unión.

Cuando se lo hace saber, sin faltar a la verdad, Urpi se entusiasma y le aclaran que debe unirse a un joven del valle de Caral. Cuando mencionan esto, la cara de Huántar se cae. – “¿De Caral?” pregunta el veterano soldado, y sin esperar respuesta se pone a llorar. Todos quedan sorprendidos por el asunto, hasta que Huántar explica que su recluta favorito fue substraído del mundo por una fuerza invisible y sobre natural.

Unos se compadecen de su dolor. Otros descreen de tales historias disparatadas. Urpi se asusta mucho. ¿Y si la víctima de ese atroz destino fuera el hombre que está designado para ser parte de su ayllu? El quipucamayoc, para aliviar la tensión, prosigue. Refiere que deben ir a la ciudad de Cuzco, para completar información en quipus del estado, y luego, deberían, idealmente, darse conferencia los dos ayllus, en una reunión tradicional.

El padre de Urpi se emociona, y derrama lágrimas por reconocer que ahora su hija es una mujer hábil, inteligente y dispuesta a afrontar todo tipo de obstáculos. Piensa en que si su ayllu crece, podrá estar más acompañado, con nietos, con otros ciudadanos, para vivir en familia y comunidad.

Pero el quipucamayoc plantea un asunto muy particular. Con voz baja dice en el tambo: - “El problema en este caso, es que este muchacho de Caral, no tiene ayllu, de manera que ese rito no va a poder tomar lugar, salvo de modo protocolar, pero en rigor, no existe ayllu para presentar”.

Al escuchar esto, Huántar se pone de pie y se acerca al quipucamayoc. Le refiere con voz entrecortada que cree que sabe el nombre del sujeto. Es Yawar. Efectivamente es él mismo, que fue prometido a Urpi, antes que ninguno de los dos pudiera elegirlo. Huántar,

ahora con una herida muy profunda en su corazón debe explicar el asunto a Urpi y su padre, pero no encuentra las palabras. Antes bien, se quiebra más, y se limita a abrazarlos, sin poder decirles que ese muchacho ha muerto en el ataque al templo de Sechín.

21 El gran encuentro

Yawar quiere participar de la celebración, pero no tiene acceso al disfrute social, desde que desconoce la mayoría de usos, hábitos y prácticas del lugar. Se siente ajeno, alienado, como si no perteneciera a ese mundo. Cada que intenta acercarse al hijo del Sapa Inca, es atropellado por un séquito de nobles y artesanos que corren de un lado a otro, impidiéndole el paso.

Cansado, frustrado, Yawar se sienta en el piso y se concentra mucho en un pensamiento de saludo al soberano. Inmediatamente los ojos del divino Inca se posan sobre él y le ofrecen un mensaje genérico, tibio y que le amarga más la vida. El hijo del Sapa Inca, que habla ese idioma mental, le transmite al huérfano lo siguiente: - “Todos somos hijos del Sol, sin importar el ayllu”.

Asqueado, decepcionado y sin sentir reconocimiento de nadie, Yawar ya tuvo suficiente en Cuzco. Mira a Canela y le transmite su deseo de irse, de vivir en otro lado, de formar una vida por ellos mismos y cultivar esa familia que él mismo nunca tuvo. Ella le abraza y le dice que ha escuchado algo sobre un dulce valle.

Yawar ni lo piensa, así como vino de pasada, del mismo modo se retira, deprimido y con una nostalgia inexplicable. ¿Será la última vez que esté ahí? No importa ya, el camino del Inca empieza a ser recorrido por la pareja. El huérfano, más huérfano que nunca, entonces, formula la pregunta de su rumbo. Canela con una sonrisa le dice: - “Creo que le llaman el valle de los Paracas”

Urpi ha sentido que su corazón se ha apagado en los últimos tiempos. Le cuesta sentir cosas como antes. Su ánimo se encuentra bastante decaído. Sin embargo, en el tambo de Nazca no han dejado de aparecerse chasquis con noticias. Se cuenta que el Inca ha logrado contactar al Uku Pacha y ahora todo está explicado.

Al menos, eso es lo que se cree públicamente: Dice el soberano que el Uku Pacha ha desatado una guerra para advertir y adelantar sus dominios sobre los hijos del Sol, ya que una gran plaga se aproxima. Pocos descreen de la noticia, pero a todos, por igual, les deja un sabor que inclina más al escepticismo, que la aceptación inmediata.

¿Cuánta verdad hay en algo que, de todas formas, no tiene explicación por su carácter sobrenatural? El padre de Urpi debate con el quipucamayoc, que se ha quedado, y con Killari, quien por fin ha logrado desnudarse del vestido de metal, para vivir libre de nuevo. Ajeno a estos asuntos se encuentran Allqu y su domador.

Huántar de algún modo se siente responsable y atiende como puede a la familia de Urpi, pero comprende en el fondo que ninguna atención va a poder reemplazar la figura perdida de un joven que empezaba a existir y desplegarse en la vida del imperio. Pero todo esto cambia. La quietud en la que se ven envueltos se resquebraja, y un día explota el caos.

Yawar llega al pueblo, con Canela, y lo que pudo ser un reencuentro feliz, habrá de culminar en una desgracia infeliz. Huántar no cabe en sus cabales, luego de constatar que el muchacho sigue vivo. Se alegra hasta más no poder y su euforia contagia a Urpi. ¿Su prometido está vivo, después de todo?

Que amargas, son las cosas, cuando comprende que él le dedica su afecto a otra persona. Yawar no sólo no comprende las cuestiones de un arreglo previo para un matrimonio, sino que, además, ni siquiera quiere esforzarse en entenderlo. Le ha dejado de importar. Ningún ayllu puede haber negociado nada respecto a él, por una razón muy simple: Yawar no tiene ayllu, nunca lo ha tenido y no lo va a tener ahora.

Urpi cree que es algo en contra suyo, de modo particular, pero Yawar le explica que las cosas son más complicadas que prometer algo que involucra a otros. Huántar se siente muy incómodo con la situación y Canela, aunque se mantiene callada, alberga una tormenta de rabia en su interior.

Pero de todos, el más perturbado es el pobre funcionario del imperio. El quipocamayoc intenta explicarle a Yawar que, si evade dicho arreglo, luego podría ser considerado como un rebelde, y al explicar esto, el especialista en quipus termina por hacer reventar las pulsiones que agobian al conflictuado Yawar.

Refiriendo que no se somete a nada, explica el huérfano que, si va a tener que recibir el mismo destino que sus padres, entonces estará feliz de hacerlo, ya que no tiene sentido vivir en un mundo en el que, además del desamparo, a uno se le obligue a desarrollar sentimientos que nacen de la espontaneidad, y no de la costumbre habitual forzada.

Canela llora de angustia, porque comprende que no hay buena salida para el asunto, mientras que Urpi ahora siente que hay un pleito que ya ha dejado de importarle. Para ella, Yawar estaba muerto hasta ayer, y así estaba todo mejor.

El quipucamayoc advierte por última vez al huérfano soldado, chasqui y rebelde. Le increpa con paciencia, pero Yawar se ha plantado en una postura que limita con la necesidad. – “No quiero y no me someto”, repite enfurecido. Explica que tal trato no hace justicia al ayni, ya que él no ha recibido nada de su ayllu jamás, como para entregar su individualidad en sacrificio de un bien mayor. No existe mayor bien que el suyo, para alguien que no ha tenido familia y que quiere hacerla con quien quiera. De este modo, achacarle un trato de alguien que no tiene nada que ver con él, sería como pedirle que cumpla una promesa, cuando jamás se ha beneficiado del intercambio recíproco de ninguna forma, de forma que, por último, Yawar dice sus últimas palabras: - “Hermanos, ¿qué es más importante para los hijos del Sol? ¿Cumplir con el Imperio o cumplir con la familia?”

Esto es lamentable, pues se declara al huérfano como un rebelde y se le explica que dicha supuesta disyuntiva, no se trata de otra cosa que una confusión del lenguaje: Imperio y familia es lo mismo y el deber que se le solicita es muy sencillo. Pero para Canela no es sencillo, tampoco para Yawar, ya que, si se sometiera, luego, ya no sería cómodo para Urpi, sabiendo que su pareja ama a otra persona. ¿Puede alguien tener más de una pareja? Se dice que el Inca tiene cuarenta esposas. Pero Yawar no se va a atrever a preguntar eso.

Finalmente, luego de una decisión coordinada con el mallqui local, se designa que Yawar deberá ser exiliado al norte, en las fronteras con el valle de Quito, más allá del territorio Chimú. Canela está dispuesta a seguirle, aunque represente que ella misma será dada por rebelde.

El padre de Urpi habrá de perder la razón. Ver los sueños de su hija destrozados será algo que no podrá digerir. No pudiendo procesarlo cometerá un acto injusto, irracional y completamente guiado por una nube mental que desvirtúa su buen juicio. ¿Qué culpa tiene Canela de todo el embrollo? ¿No es acaso un chivo expiatorio de la infeliz situación? ¿Por qué habrá de matarla, para desahogar la frustración que siente, desde que hace mucho, alguien, por una situación similar, mató a su propia esposa? Estas respuestas no siempre podrán tener resultados satisfactorios para todos, pero lo concreto es crudo y sumamente indeseable. La realidad habrá de quebrar interiormente a los involucrados.

Los últimos días de Yawar los habrá de pasar en el exilio, en una tierra cuyo lenguaje no conoce, pero él es un maestro de la incomunicación, especialmente desde que ha dejado de sentir emociones que transmitir. En el norte intentará olvidar su pasado, el corazón roto de Urpi, la vida arrebatada de Canela y el ajusticiamiento inmediato del padre de su prometida; así, en suma, una infeliz situación que le desvió de sus días en el imperio.

Ahora, alejado de todo, tiene contacto con lejanos viajeros que le prometen riquezas y tecnologías de otro mundo, siempre y cuando Yawar les ayude a ingresar en ese mundo, en donde se dice que albergan grandes cantidades de ese metal que llaman oro, y que estos viajeros buscan tanto.

Los ojos les brillan cuando ven el más pequeño artefacto de este material. Yawar habrá de ayudarles sin saber con quién se vuelve aliado. La primera que puedan, los extranjeros de piel blanca habrán de engañarle, para robar un pequeño botín de ese mineral maldito, por el cual habrán de derramar sangre por deporte, en nombre de un dios que no habla y que no es hermano de este mundo.

No sólo habrán de robar el botín con astucias, sino que los viajeros exóticos además aniquilarán a todos, extirparán del recuerdo a toda religión distinta a la suya y practicarán un orden muy inverso al del Tawa Inti Suyo. A penas tengan su boleto para ingresar en ese mundo por conquistar, se van a deshacer de los intermediarios que podrían traicionarles, de modo que Yawar, un día como cualquiera, habrá de morir degollado a traición, sin saber últimamente si alguna vez tuvo un ayllu divino, o si sus padres eran simples rebeldes, pero lo cierto es que ahora, junto a otros millones, su nuevo hogar será aquel Uku Pacha que alguna vez quiso reclamarle. Y así, de modo lamentable, la mayoría de los hijos del Sol, estarán condenados al mundo de las sombras, hasta que el Sol salga de nuevo para los cuatro rincones, e incluso, quizás, largo tiempo después de eso.